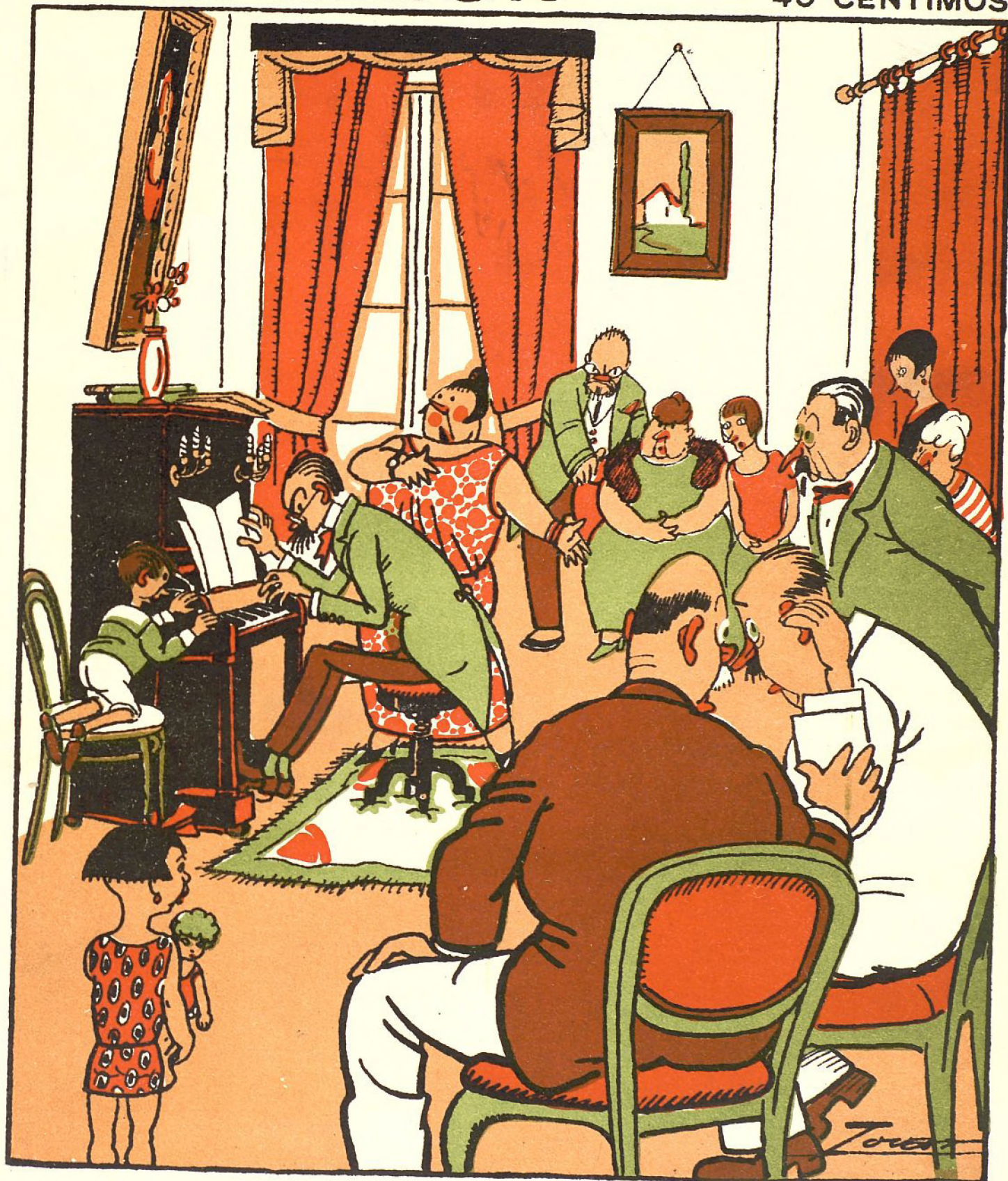


BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. TOVAR.—Madrid.

EL SORDO.—¡No oigo una jota!
EL AMIGO.—¡Naturalmente! ¡Como que es un vals lo que toca!



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

Bases para el Concurso de noviembre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de Buen Humor correspondientes al mes actual.

Dichos premios consistirán en tres objetos de arte atendiendo así al requerimiento de muchos pierde-

tiempistas, que ya estaban cansados de ver que no hacíamos trampas para que les tocara la lotería.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas antes del día 10 de diciembre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de octubre insertos en esta página. A los suscriptores de Buen Humor les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los números del mes de diciembre se publicarán las soluciones y los nombres de los

concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

1.—De escritura.

10 M501 00

2.—De urbanidad epistolar.

I
L perdón O

3.—Comedia.

Nota ezijeyoy
Nombre de mujer Domicilio

4.—Charada.

—Mira tu chico, ha metido una *tercera segunda* en un *prima cuarta* y le ha arrancado el *tercia prima*.

—No me extraña, siempre ha sido un *todo*.



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

5.—Charada.

—¿Qué tienes en la *prima segunda*?
—Que al entrar en la *prima, terciá, cuarta*, se me enganchó la *prima, cuarta, cuarta*, y al tropezar me pegué con la *todo*.

6.—Uno que oscila.

BLAN GO 10000 MA NCO

7.—Charada.

—Estoy harto del *segunda prima* de la tienda.

—Por lo pronto, es bastante feo; parece *segunda terciera*.

—Es *segunda terciera* y *todo*.

8.—Un pájaro.

II
500 150 500

9.—Charada.

—Traes el sombrero lleno de *tercia, quinta* y además se te *segunda cuarta prima* el *prima segunda* de un modo bien cómico.

—Ya lo sé; como que parezco un *todo*.



CREMA Polar

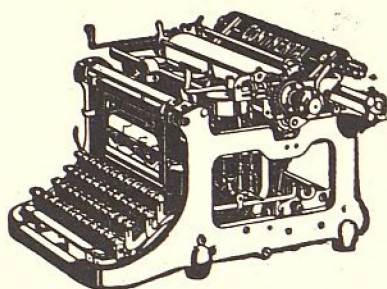
Para la limpieza de los dientes — Cura el dolor de muelas — Evita el sarro. Perfuma el aliento.

CORTES HERMANOS. — BARCELONA

Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de noviembre.

La máquina de escribir **CONTINENTAL** es la predilecta.



Pídanla a prueba a los concesionarios de España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. A.)

MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
BARCELONA.-Clarís, 5.
VALENCIA.-Mar, 8.
BILBAO.-Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA.-Quint, 7.
SEVILLA.-Rivero, 7.
TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir **CONTINENTAL**, se venden máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS



Ella.—¿Has estado esperando mucho tiempo?
El.—No; apenas he tenido tiempo de fumar un cigarro y cinco pitillos.

(De London Opinion, Londres.)

¿Andais en busca de la verdad?



RAMAH

Dep't 12 A
44, Rue de Lisbonne
PARIS, FRANCIA

Yo os diré **GRATIS** ¿Bajo cual Signo del Zodiaco habéis nacido?

¿Cuales son vuestras oportunidades en la vida, vuestras futuras perspectivas, felicidad en matrimonio, amigos, enemigos, buen éxito en todas empresas, y muchas otras cosas de vital importancia tal y como lo indica la **ASTROLOGIA**, la ciencia más interesante y antigua de la historia?

¿Habéis nacido bajo afortunada estrella? Yo os diré gratis, la interpretación más interesante del Signo del Zodiaco bajo el cual habéis nacido.

Simplemente escriba con su puño y letra la fecha exacta de su nacimiento, enviándome 80c en sellos postales de su país, para cubrir el costo de este anuncio y el porte. Vuestra interpretación astrológica vendrá escrita en lenguaje sencillo bajo cubierta, libre de porte. Gran sorpresa os espera.

Escriba ahora
—HOY MISMO—

LOS

FAMOSOS

POLVOS INSECTICIDAS

D B

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de toda clase de insectos.

TRAMPANTOJOS

La venta de un perchero



Un hidalgo en pleno fracaso, ¿para qué quiere un perchero? ¿Para qué encierran colgado el sombrero en sus ganchos, los embargadores, los traperos, los que quieren una letra aunque sea a pagar en cinco años?

Por eso don Miguel anunció su perchero en el periódico más indicado para la venta de un perchero, el periódico que leen los que emprenden por primera vez el camino de los negocios y preparan nuevas antesalas.

Desde las diez de la mañana comenzó a recibir visitas.

—Tiene poco fondo este espejo—dijo la primera visita.

—Estos ganchos tienen que hacer daño a los sombreros—opinó la segunda.

—Los paraguas tienen que escaparse en estos andadores—opinó la tercera.

—No es perchero para sombreros de copa—dijo la cuarta.

—Nosotros lo necesitamos lo menos para cincuenta invitados y este ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!, no tiene soportes más que para doce—dijo la quinta.

Aquello era insoportable, pero aguantó a las visitas de la tarde.

—Es un perchero que no supone rentas—dijo la duodécima visita de la tarde.

—¿Y cómo colgar un abrigo de pieles? Se vendría abajo—dijo la segunda.

—Es perchero de apeadero—dijo la tercera.

—Es perchero sin vistas a la calle—dijo la cuarta.

Don Miguel, en vista de eso, desistió de vender su perchero y—¡crimen horrible y espeluznante!—colgó de él a su mujer, a sus cinco chicos y después se colgó él.

Rasgos de millonario

Los rasgos más de millonario que he conocido en-

tre los millonarios han sido los del gran Marberseller que tenía un hombre con su misma extensión de cabeza y su mismo tipo, que se probaba sus sombreros y se los llevaba ya probados, y tenía otro que se probaba los trajes y tenía otro que se probaba sus lentes, y por fin tenía uno al que le mandaba poner todas las inyecciones que le prescriben a él.

Las catástrofes del país de Burman

Constantemente se producían catástrofes sísmicas, inundaciones, tempestades terribles en el país de Burman.

La autoridad, la Cruz Roja, los salvavidas, todos estaban ¿que no sabían

lo que hacer. Habían llevado a las mayores autoridades de la ciencia para ver si ponían coto a aquel estado catastrófico, pero no sólo no habían dado con un remedio sino todos ellos perecieron en la última catástrofe.

No sabiendo qué hacer ya, llamaron a un arbitrista. El arbitrista pidió veinticuatro horas para buscar un remedio, y al día siguiente, a la misma hora, apareció con el busilis del problema.

—No hay otra solución—dijo—que llamar al país de otro modo para despistar a las catástrofes... En vez del país de Burman se le puede llamar el país de Moka, por ejemplo y cambiar el color amarillo que tiene en los mapas por un color verdegay.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritaron todos—. ¡Aceptado!

Y desde que se notificó a las potencias el nuevo nombre y en los nuevos mapas apareció con él y con su nuevo color, no se volvió a producir una nueva catástrofe en el país de Moka.

La tela antigua

Cuando Manolón volvió de América, al cabo de quince años de ausencia, le esperaba el sastre en el puerto, con su eterna solapa llena de alfileres y su eterna sonrisa alfilerosa.

En cuanto le tuvo encima, escribió en su americana negra con el jaboncillo sastre la palabra «tramposo».

Manolón fué llevado a los tribunales por el sastre, y después de una defensa de la tela antigua y sus virtudes de todo punto incompatible con la actual, logró sentenciar a Manolón al pago de un traje al precio actual y a una indemnización de 50.000 pesetas, porque aquella tela antigua era ya como una tela de Velázquez, o por lo menos de Pantoja de la Cruz.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



Dib. SILBENO.—Madrid.

CAMBIO DE TAPADERAS

En Turquía alguna vez
tuvieron como verdad
que eran las virtudes «Fez,
Esperanza y Caridad».

Pero ya no hay fez allá,
aunque lo diga la copla.
¡Ya luce Kumel-bajá
sombbrero en Constantinopla!

Allí las autoridades
hoy mandan ir a las gentes
como van en las ciudades
de los cultos continentes,

y en vez del fez, que semeja
un flanero del revés
(y no te tapa la oreja
por más vueltas que lo des)

el turco de la gran *ubre*
como el de la pobre aldea,
la cabeza ya se cubre
con sombrero a la europea,

lo mismo que se la tapa
el que reside en Tolón
o el que reside en Galapa
o el que reside en Chinchón.

En vez de un gorro de alfombra
como un rojizo flanero,
hoy creen que es de buena sombra
llevar encima un sombrero;

y en vez del velo tupido
con que las turcas señoras
siempre tapar han solido
sus caras encantadoras,

libre, sin tener a excesos,
llevan ya la cara toda
y en la tapa de los sesos
lucen ya casco a la moda,

yendo con sus sombreretes,
gracias a Kumel-bajá,
como aquí en los *cabarettes*
de la calle de Alcalá.

Y en verdad que alguien había
que, en Madrid, como en Jerez,
tal reforma presentía;
porque aquí, más de una vez,

vi con sombrero tocadas
mostrando en su frente un surco,
cabezas que eran tomadas
«como cabeza de turco»

y, de la propia manera,
aquí estoy harto, por cierto,
de ver *turcas* de primera
totalmente al descubierto.

Así, pues, lectora mía,
te aseguro, en conclusión,
que esos cambios de Turquía
no me llaman la atención,

¡y puede que alguna vez
aquí, en este pueblo audaz,
usen los hombres el fez
y ellas se tapen la faz!...

JUAN PEREZ ZÚÑIGA

UNA HISTORIA
DE LEONES

Ha sido la mayor sorpresa de mi vida.

Figúrense que un día, recorriendo el famoso parque zoológico de Kamblaay y hallándome absorto en la contemplación de una jaula donde se exhibía una pareja de leones con sus varios cachorros, el león, avanzando hacia mí, me puso cariñosamente una de sus zarpas en el hombro al tiempo que me llamaba:

—¡Eduardo!

Me quedé como quien ve visiones, sin atreverme a dar crédito a mis ojos y a mis oídos. Pero no tuve tiempo para reflexionar. El animal debía haber notado mi turbación por cuanto aclaró:

—No te asustes. Soy yo; tu antiguo amigo Genovevo. Estoy disfrazado. Ya te contaré... ¡Si supieras!...

Recordé entonces la figura ya casi olvidada de mi viejo amigo Genovevo Montesinos, que había marchado hacía tiempo al Congo Belga para establecer un negocio editorial y del que no volví a tener noticias. Y he aquí que ahora, cuando todos le creíamos muerto, aparecía ante mí disfrazado de león en un parque zoológico extranjero. Impaciente, le rogué para que se explicara:

—Aquí, no; podrían oírnos— me dijo. Mira, a las fieras que observamos buena conducta nos dejan salir los domingos. Espérame ese día y charlaremos.

Y como observase que miraba uno de los guardas, me dió rápidamente una cita, y se alejó ruiendo hacia uno de los rincones de su jaula.

Al domingo siguiente fui puntual. Pude convencerme de que mi amigo Genovevo iba perfectamente disfrazado. A esto se debe que no llamásemos la atención por la calle y pudiéramos charlar cómodamente. Sin embargo, penetramos en una cervecería y le insistí para que diera principio a su relato. Mi amigo tomó la palabra y un bocadillo de jamón. Luego dijo:

—Una vez desembarcado en África, me abandonaron los guías que llevaba y no tardé en encontrarme perdido en un país habitado únicamente por fieras y antropófagos. Las aventuras de que fui protagonista son dignas de la pluma estilográfica de Salgari. Bástete saber que estuve mil veces a punto de perder la vida y las mil me libré milagrosamente. Un día, paseando por la

selva, tuve un hallazgo al que primeramente no concedí importancia pero cuando pude reflexionar di un grito de alegría. Acababa de encontrar el cadáver de un león que debió de morir hacía unas horas. Y esto me sugirió una idea diabólica. Rápidamente le despojé de la piel y me introduje en ella, no sin alegrarme sobremedera al comprobar que me estaba como hecha a la medida. Quedé, pues, convertido en un león auténtico, tal como me ves ahora. Excuso decirte que la posesión de éste disfraz, del que nunca me despojaba, me puso a cubierto de las iras de los salvajes y me permitió transitar con toda comodidad por el bosque. Pero un día...

Se interrumpió al llegar a este punto y, tal vez para dar más emoción al relato, pidió otro bocadillo. Prosiguió luego:

—Un día que marchaba así disfrazado, oí un rugido espantoso y en el claro del bosque apareció un león auténtico. Confieso que lo primero en que pensé fué en la huida, pero recapacitando y advirtiendo que hubiese sido inútil, preferí hacerme el desentendido. Oculté, pues, mi pánico lo mejor que pude y me puse a silbar tranquilamente un trozo de ópera como sin darme cuenta de la presencia de la fiera, que se hallaba ya solamente a unos pasos de mí. Y fué entonces cuando ocurrió algo inaudito, extraordinario: primero dió un par de saltos; luego, un rugido de satisfacción y, en seguida, movió el rabo en señal de alegría. Vino hacia mí y me abrazó:

—¿Tú por aquí?— me dijo. ¡Qué sorpresa! ¡Si nos habían asegurado que habías muerto! ¡Tu mujer y tus hijos que van de luto! ¡Los pobres!... Corramos a dar la grata nueva.

Me cogió de un brazuelo y me obligó a seguirle. Caminamos durante varias horas hasta llegar a unas rocas donde había reunidos varios leones y leonas. Una de ellas, apenas me divisó, corrió hacia mí dando muestra de gran alegría y me besó muy conmovida en la frente, mientras apretaba contra su pecho cuatro cachorrillos que no cesaban de llamarme papá. Ya puedes comprender lo ocurrido: me confundían con el león que encontré muerto en plena selva y cuya piel llevaba puesta. Por otra parte, no me atrevía a descubrir mi personalidad por miedo a morir despedazado. Opté, pues, por fingirme león hasta encontrar momento propicio para escaparme.

Pero empezó a pasar el tiempo y no se presentaba. Y un día, en que volvíamos la leona y yo de dar un paseo por la selva para que tomasen el aire los niños, caímos en una trampa de las que preparan los cazadores de fieras. Unos hombres nos sacaron de allí con muy malos modos y nos condujeron hasta un barco. Al fin nos trajeron al parque donde me has encontrado y nos metieron a todos en la misma jaula. Ya hace años que la ocupamos y en ella pienso acabar mis días.

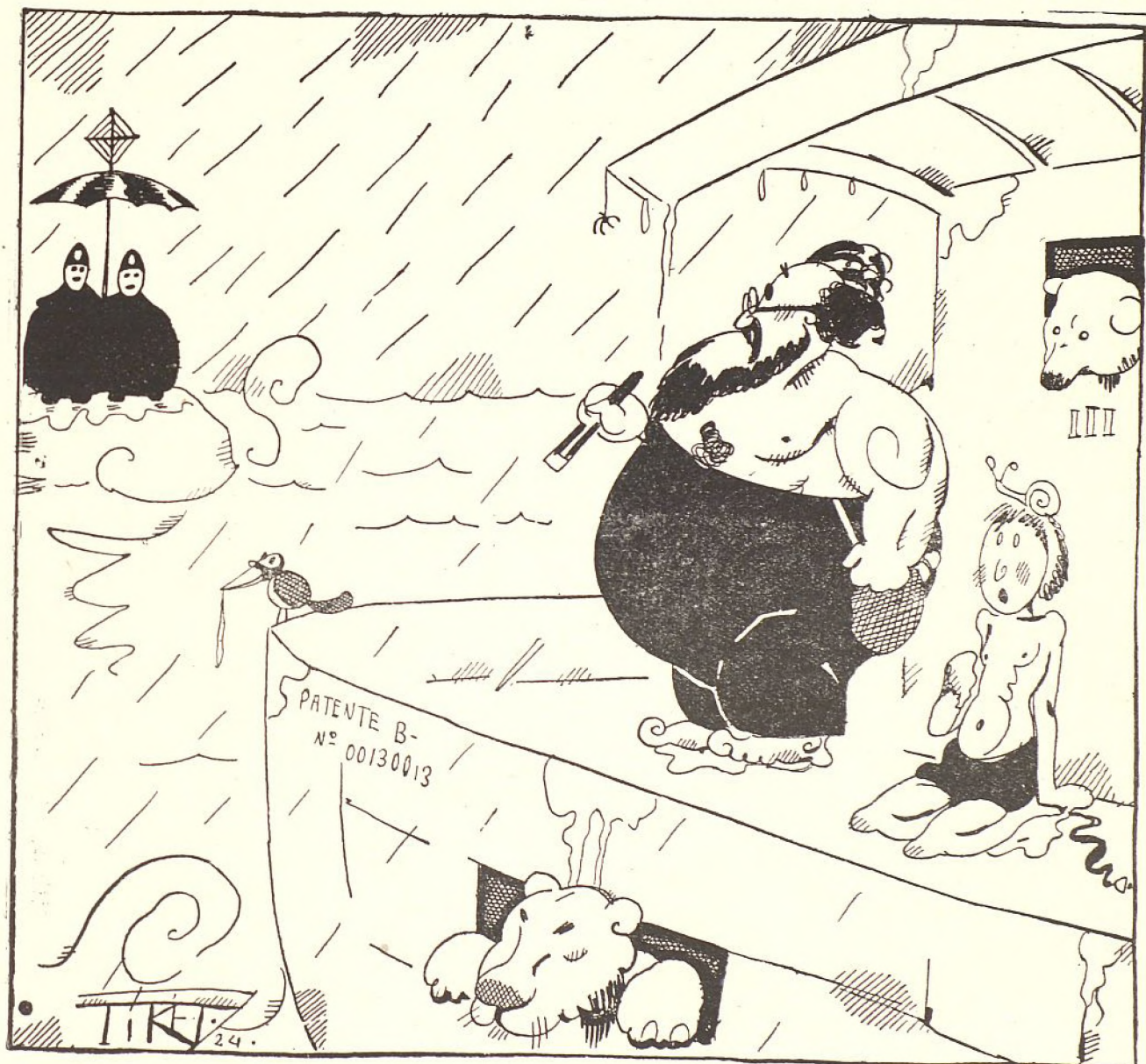
—¿Y por qué no confesar la verdad? ¿Es que pretendes pasarte así toda la vida?

—Sí— contestó. He llegado a acostumbrarme y no lo paso mal del todo: no hago más que comer y dormir. Esto aparte de que, tanto ella como los cachorros, que ya van estando hechos unos hombrécitos, me atienden y quieren mucho. Además, ya voy siendo viejo y no me conviene abandonar la vida de familia; si tal hiciera, tendría que irme a vivir a una casa de huéspedes.

des. He reflexionado largamente y creo que no me conviene...

Aún intenté convencerle durante un rato, pero fué inútil. Me abrazó conmovido, se ajustó bien el disfraz y después de guardarse un pedazo de pan que le había sobrado del bocadillo para llevárselo a sus *pequeños* se alejó a un trote más que ligero. Era ya tarde y temía encontrar cerrada la puerta del parque, o que le castigasen, en vista del retraso, a no salir el domingo siguiente.

MANUEL LÁZARO



EL ARCA INCOMPLETA

Dib. TIKET.—Madrid.

JAFET—¿Oyes, papá? Me parece que aquella es la única pareja que nos falta.

UN SITIO DELICIOSO

—Un pueblo encantador, pueril, lo que se dice, encantador, me refirió Castruejo, a su regreso de su permanencia otoñal en un lugar de la sierra. No se puede usted figurar lo pródiga que se ha mostrado la Naturaleza en aquel sitio. El cielo es puro, las aguas puras, el ambiente pacífico, los habitantes excelentes personas y los huevos gordos.

—El paraíso.

—Si no el paraíso, su anfiteatro segundo muy halagador, por lo menos.

—De modo que lo habrán ustedes pasado divinamente.

—Verá usted...

—Aquel distingo de Castruejo, me dejó ligeramente frío, como si me hubieran pasado un sorbete por la espina dorsal. Si aquel pueblo, compendio y resumen de todo lo bello y agradable, no resultaba el sitio más agradable de la tierra, ¿dónde buscar la verdadera felicidad? ¿En un salón de limpiabotas? ¿En un trapezio?

—Explíquese, mi querido amigo, ¿no dice usted que aquello era precioso, por el clima, que los huevos, que?...

—Todo y mucho más que en este momento no cito, hubieran hecho de aquello el sitio más delicioso de la tierra, de no existir, ¡ay! el arroyo.

—¿El arroyo? Ya; algún señor así apellidado que era, por lo visto, el encargado de meter la pata.

—No; el arroyo auténtico, el que serpentea con su agua clara, deslizándose por entre matas y juncos y junto al cual se iba a saborear la merienda, compuesta ora de la clásica tortilla, ora

de los filetes empanados, si que también el muslo de pollo. Sí, querido, el sitio no podía ser más pintoresco y por eso era el escogido por todos los habitantes, y más especialmente, los que pertenecíamos a la colonia forastera. Debo participarle que algo me escamó a mí, el ver que los indígenas, o sea los que allí nacieron, vivieron, se casaron y se cortaban el pelo, no mostraban igual predilección por aquel lugar como nosotros, los de fuera.

—¿De modo que el río aquel daba, acaso, calenturas?

—Y de las grandes. Como ocurre en todas partes, hay gentes que se aman y gentes que se odian o, por lo menos, que no se quieren bien. Esto, en todas partes puede disimularse y hay quien está tratando muchos años a un amigo, sin sospechar que en el fondo este amigo siente por él antipatía.

—Disimulo, que decían los griegos de la antigüedad.

—O hipocresía, que llamaban los caldeos, que a erudición no me gana usted. Allí no era posible eso. Allí, cogía usted a la familia y aislado con ella dándole un paseo se dirigía al arroyo ¿verdad? Se desenvolvían los papeles de la merienda, se comía y se comentaban los sucesos del día, creyendo que pasaba usted un rato feliz entre los alimentos y la murmuración, y lo que hacía usted era buscarse su agosto. Se le ocurrió a su mujer decir: —Esta mañana he visto a las de Gorrionez, ¡qué cursis iban! La madre, vestida de amarillo, parecía un enorme sorbete de mantecado, cosa, que, como

usted ve no es de una importancia extraordinaria; pues bien, al regresar al pueblo, si se encontraba, por casualidad, a las de Gorrionez, éstas lanzaban unas miradas de hiena acorralada o solían decir: —¿Conque de dar un paseito, eh?— Ya sé que esta mañana no les han gustado a ustedes nuestros trajes y que el amarillo de mamá les ha parecido un sorbete, ¡qué quiere usted! No todas podemos vestirnos de modistas caras, es decir, no todas tenemos tupé para quedar a deber trajes a modistas caras.

—¡Atiza!

—Como usted lo oye. Es decir, como lo hemos oído nosotros.

—De modo que ya les habían ido con el cuento...

—Por lo visto.

—Otras veces, las peloterías eran entre novios y venía lo de ya sé que no me quieres y que en cuanto regrese a Madrid me vas a plantar, diciéndome que lo haces para ver si doy bellotas.

«Esta mañana has estado junto al arroyo con Paquita y le has dicho que seguías en relaciones conmigo por compromiso, pero que aquí, la que tiene el mejor cutis de la provincia es ella y a eso añado yo, que el que no tiene vista eres tú, que confundes un cutis con el pellejo de un melocotón.»

—¡Repámpalo!

—Y así todo, amigo mío. No se puede usted figurar la serie de disgustos que les han salido al paso a cuantos han tenido la desdichada idea de expresar sus ideas, sus pensamientos, sus comentarios al aire libre y junto al arroyuelo.

—¿Todo se sabrá?

—Todo.

—¿Hombre, por lo visto alguien que se encontraba por las inmediaciones, oculto, oyendo las conversaciones y luego las repetía sin la menor discreción?

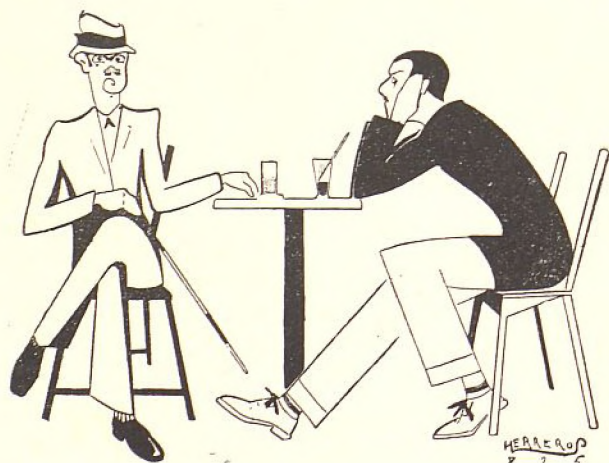
—Eso me creí yo, al principio y después de muchas pesquisas me convencí de que sí y dí con la verdad.

—¿Qué era?...

—El propio arroyuelo. Era lo que se llama pintorescamente un «arroyo murmurador» y claro, puesto a murmurar, aquello que había oído poco antes y ahí nacían los líos y los enredos. Aparte de esto, ¡si viera usted qué sitio más encantador!... Pero, querido, eso del «Arroyo murmurador» eso es para volverse loco.

—¿Murmurador? diga usted que es un arroyo chismoso...

A. R. BONNAT



Dib.
HERREROS
Madrid.

—De modo que has ido a solicitar la plaza de cartero al Instituto de Belleza.

—Sí, y me dijeron que se iba a cerrar...

—Llegaste algo tarde...

—No, que se iba a cerrar si me admitían.



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

DON RENATO (Con voz de barítono).—*¡La donna è móbile qual piuma al ventol...*
EL BORRICO—*¡Que te crees tú esol...*

ANUNCIOS RECOMENDADÍSIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLÓN SÍ Y EL OTRO TAMBIÉN

PÉRDIDA Se ha extraviado un forastero, durante los días de los festejos de otoño, en el trayecto del Retiro a la Posada del Peine. Atiende por Estanislao, pero si le llaman *Pinchapelos* también acude. Se gratificará por ser recuerdo de familia.—Calle del Cristo, 59. Arroyo del Puerco (España).

EL MEJOR PURGANTE

Es la gasolina de automóvil.

Aplicación descubierta por el farmacéutico licenciado Cenete.

Todo el que toma la gasolina en esas condiciones, corre que se las pela.

Con facilidad alcanza noventa por hora.

Y a poco que apriete, el noventa puede convertirse en el ciento.

¡RAPIDÍSIMO!

¡ASOMBROSO!

¡CÓMODO!

¡BARATO!

El farmacéutico Cenete vende esta gasolina, preparada sin olor y sin escape de gases, cosa que sería horrible que ocurriera en sus aplicaciones.

Biombo, 60, botica.

Vendo caballo negro que ha pertenecido a un guardia. Tiene cuatro cascos, tres más que su antiguo propietario, y come de todo. Es viejo, pero enganchándole a un carruaje que pese poco, todavía puede tirar dos o tres años.—Caballero de Gracia, 99.

El matamoscas CATASTROFIL ha venido a resolver el arduo problema de la extinción del insecto más pelmazo del universo. La mosca abusaba porque sabía que los que estábamos verdaderamente moscas éramos nosotros por no poder hacer nada contra ella. La mosca se ensafiaba en nuestras débiles epidermis, consciente de que ella sabía picar y de que nosotros no sabíamos matar. ¡Esto se ha acabado! El CATASTROFIL va a hacer el milagro de convertir el odioso zumbido en un silencio de muerte. ¡Pruébenlo ustedes y no se oye una mosca a los dos minutos! —De venta en todos los estancos, a tres *moscas* el bote.

EL POBRE SEÑOR D. ANTERO CALVILLO DE ARRIBA

Vecino de Madrid
y radioescucha,

MURIÓ DE UN DESENGAÑO PRODUCIDO POR LAS FIESTAS DE OCTUBRE ORGANIZADAS POR EL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO, DESPUÉS DE RECIBIR LAS ÚLTIMAS DECEPCIONES EN LA BATALLA DE FLORES DEL PARQUE DE MADRID.

HAY QUIEN AFIRMA QUE LE MATÓ UNA DE LAS CONFERENCIAS, OTROS SOSTIENEN QUE FUÉ LA RABIA POR VER EL CARRO DE LA CIBELES CON UN FARO DE AUTOMÓVIL Y NO FALTA QUIEN ASEGURA QUE LA MUERTE FUÉ DEBIDA A LA PENA QUE LE PRODUJO VER EL AMARGO, TRISTÍSIMO Y DESOLADOR ASPECTO DE LA CORTE DURANTE LOS DÍAS MÁS ANIMADOS Y FELICES DEL PROGRAMA.

¡DESCANSE EN PAZ!

SUS FAMILIARES, DESEANDO APLICAR EN BENEFICIO DEL FINADO EL DINERO QUE ÉSTE PENSABA DILAPIDAR EN LAS FIESTAS, SE LO DIRÁN DE MISAS.

NO SE REPARTEN RECORDATORIOS.

SE SUPLICA QUE NO LO VUELVA A HACER MÁS EL AYUNTAMIENTO PORQUE NO TIENE GRACIA QUE SE FASTIDIE A LA GENTE DE ESTA MANERA.

Joven honesta, natural de Puerto Rico y de raza negra, con capital de tres millones, casaría con guapo español a quien no le diese rubor presentarse en la iglesia con una americana negra el día de la boda. Envío informes y retrato al carbón, de la interfec-ta, al que los pida a la Agencia Negrete, Negras, 25, acera de la sombra, Madrid.

Traspaso lechería por tener que ponerme de luto. Está al lado del Manzanares, detalle que aumenta su valor en proporciones desusadas. El establecimiento lo traspaso sólo o con leche, a gusto del concurrente.—Pídanse informes al corresponsal de Buen Humor en Arganda. Pascasio Alegre.

El tratamiento del doctor Voronoff

Es hoy el único procedimiento para alargar la vida y para devolver la juventud al más achacoso e indecente sujeto.

Su representante en España, el doctor Canard, está dispuesto a demostrarlo. Puede presentar más de un millón de cartas testimoniando los asombrosos resultados obtenidos.

En cambio, sólo puede exhibir una carta en la que se rechaza el sistema Voronoff por inútil y, en prueba de imparcialidad, vamos a publicarla.

Dice así:

«Querido Voronoff: Reunidos los abajo firmantes, protestamos de su sistema para conseguir la juventud eterna y la vida larguísima. Nosotros, sin gastar dinero, hemos conseguido sorbernos los siglos como agua y lograr una persistencia en el vivir que casi es un escándalo. Si encima de ese abuso, nos injertásemos las glándulas de mono, sería probable que España entera se levantara contra nosotros al grito de ¡qué va a ser esto!—*Chelito*, Loreto Prado, Enrique Chicote, Ossorio y Gallardo, Lerroux, Weyler, el Gabán de Weyler.

Vendo un canario de incalculable valor y de excepcional mérito. Su aspecto es tan decisivamente asombroso y bello que todo el que le ve en lugar de decir ¡canario!, dice ¡reconcho! sin poderse contener. Es un bicho que lo canta todo, hasta *las cuarenta* si le enseñan una baraja.—Canarias, 85, segundo.

—Agente anunciador: **NESTOR O. LOPE**

LOS "CORRUCOS" DE ARMILLITA

CUENTO ANECDÓTICO

El «corrucos» (¿de corrusco, mendrugo?) es un compuesto de harina, canela, almendras y azúcar que, una vez bien amasado y compacto, se le da una figura de lengua y se pone al horno hasta que adquiere casi el máximo de la torrefacción, resultando una modesta golosina, que, con la celebre arropía cordobesa, la almendra garrapiñada, el almendrado de canela y el arfajol, ofrecen a la glotonería golosa y a los poderosos dientes de la chiquillería andaluza, mil y uno vendedores ambulantes, siempre perseguidos o cercados de un ejército de moscas.

La venta al por menor y callejeando de los famosos «corrucos» no produce pingüe ganancia pero en cambio no se necesita dinero para dedicarse a ella pues bastan unos buenos informes personales para «sacar de fiao» de los modestísimos «hornos» donde esa confitura se fabrica, las piezas que hagan falta sin temor a que el fabricante lance al mercado una letra agobiadora...

La buena fe es el alma de este comercio.

El viejo Armillita tenía «la negra»; Armillita no encontraba donde dar un «gorpe» y Armillita empezaba a dudar de la utilidad del estómago, cuando un señor, un reformador social, como va a verse, a quien se atrevió a pedir una limosna, le dió un consejo.

—Pero, hombre, ¿por qué en vez de pordiosear, no se dedica usted a vender chochos y avellanas? (1).

—¿Se piensa usted caballero, que los chochos y las avellanas me nasen a mí en el fogón de la cocina?

—Yo, si usted quisiera, le compraba ahora mismo un par de canastos y ya con eso, y con que reuniera usted unos reales para la compra de la mercancía podría usted elevarse desde la oscura profesión de mendigo a la altísima y honrada de comerciante.

—Mu bonitas palabras, sí señó; ¡ya estamos diéndonos por los canastos!

Y desde aquel feliz encuentro Armillita poseía dos flamantes y hermosísimas cestas. Tenía como quien dice «establecimiento» propio; pero ¿y los «géneros»?

—Eso es poca cosa, Armillita, cuestión de ná—le dijo un su viejo compadre, vendedor de chucherías, a quien se acercó a pedir informes.—Con que te garantise una persona sorvente, sacas del horno de Maurisio ocho o diez docenas de corrucos, que cá uno lo

vendes a perra chica y cá diez te dejan una gorda.

—¡Pos sí que hay que vendé corrucos pa mercarse uno un cacho de pan, amigo!

—No está mu güena la cosa, compadre, que a lo mejó se enrea uno a andá por el laberinto de un barrio donde cree uno que va a hasé negosio, se esgañita uno pregona que te pregona, y se pierde el día. Er toque está en sabé distinguí y plantarse en una esquina de

tránsito. Los alrededores de una escuela son mu güenos sitios.

Y Armillita encontró el fiador; Armillita llenó en el horno su canasto de corrucos, y Armillita se echó a la calle en busca de una buena esquina.

¡Todas las encontró tomadas!

—Pero, ¡várgame la virgen de los Reyes! ¿de dónde jinojo sale tantísimo vendeo que en mi pajolera vía había yo reparao en el sinnúmero que hay?

¿Quién se pone al lao de un compa-



GARCÍA
CUERVO
1925

Dib. GARCÍA CUERVO.—Las Arenas.

EL ZAPATERO.—¿Sabes por qué le chillan tanto las botas a ese señor?

EL SASTRE.—¿Por qué?

EL ZAPATERO.—Porque aún no las ha pagado.

EL SASTRE.—No lo creo, pues entonces le chillaría también el traje.

(1) Altramuces y cacahuetes.

ñero pa haserle la competencia? Contímás que es inúti, porque, seguramente, cá uno tiene su parroquia fija y lo más que voy yo a conseguí es que nos repartamos entre los dos las moscas. ¡Vágame la Mardalena!...

Y así un día y otro día, sin poder sentar sus reales en ningún sitio aparente, descalzaperreando por Sevilla, gritando hasta enronquecer: ¡Corrucooooo!... y sin vender un corruco de aquellos, que ya no eran corrucos, eran pedazos de caoba.

—Güeno, amigo,—le dijo un guardia municipal—A vé la lisensia.

—¿Lisensia de qué?

—Lisensia de vendeo ambulante.

—¡Ay, que grasía!

—Ni grasía ni ná. Ya me está usté

largando un realito y le doy a usté la papeleta del arbitrio.

—Pero, ¿si yo tuviera un realito, lo iba a cambiá por un papé, compadre? ¡Con la farta que me está hasiendo a mí un bollo hase una semana!

—Pues así no puede usté seguí.

—¡A quién se lo cuenta usté! Como que estoy viendo que er mejón día me caigo reondo de hambre, y no será lo malo que me caiga, sino que al caerme se me clave en los riñones un corruco de estos que como lo coja de punta me traspasa.

—Güeno pos que no lo vea yo a usté por ahí vendiendo.

—¿Qué me va usté a vé vendiendo? ¡Anjola! Y como si esta exclamación de esperanza fue a un mágico conjuro

he aquí que se le acerca un chiquillo tirando de su padre.

—Papá... papá... ¡Cómprame un corruco!

—Calla, niño.

—¡Que quero corruco, papá!

—Hijo mío, que no puede ser. Anda, vamos.

—¡Que no quero! ¡que me compres corruco!

—Mira, se lo compraremos a otro hombre, ¿sabes? porque este tío hase los corrucos con pan mascao.

—¿Con pan mascao, señó?—exclamó Armillita—¡Pos si que están los tiempos pa mascar el pan y echarlo fuera!

PEDRO PEREZ FERNANDEZ

¡TAMBIÉN CIUTTI FUÉ DON JUAN!

MONÓLOGO DE CIUTTI

Como estoy hecho un cascajo, voy a escribir a destajo mis conquistas amoratorias, y a dejar en un legajo consignadas mis memorias. Pues, si menos la hermosura todo se pega, ¡pardiez! ¿qué Ciutti no se aventura a ser en genio y figura un Don Juan más de una vez? Sobre todo, ¡vive Dios! pregonando sus trofeos, y a todas horas los dos el uno del otro en pos tras los mismos devaneos. Por mí consiguió a Doña Ana, por mí logró a Doña Inés, y a más de un bravo en Toscana zurró Ciutti la badana mientras él salió por pies. En la hostería famosa del Laurel, ¿quién más que yo sus hazañas pregonó? Y si una mujer hermosa por Don Juan me preguntó, con tal empeño y afán a Don Juan, le retraté, que la que adoró al galán no cabe duda que fué no por lo que vió en Don Juan, sino por la maestría con que tracé de antemano con singular picardía del gallardo sevillano la historia de su hidalguía. Para su apuesta arrogante, yo la silla le alquilé, y un detalle hubo importante en la apuesta... Aquel instante ya casi al final, en que Luis Mejía vaciló porque Don Juan dudaba, que fué cuando me miró y tal gesto en mí observó

que asintió a lo que él contaba.

—Recogerás una llave, una hora y una seña... me dijo un día—y Dios sabe, y no es que de ello me alabe, lo que hice porque la dueña de la bella Doña Inés, esas tres cosas me diese y no sufrir un revés!

pues si no alcanzo las tres, Doña Inés, pese a quien pese, ni hubiera mostrado afán por el gallardo Don Juan ni habría con él huído...

¡Así cualquiera es galán intrépido y atrevido!...

Como igualmente es notorio me dijo Don Juan Tenorio:

—Ojo al Cristo, que Mejía va a tratar con osadía de hacer mi plan ilusorio.

Evítalo a fuer de ronda con alguno de los míos,

y procura no se esconda dando vuelta a la redonda para cortarles los bríos...

Lo cual una prueba es, de que Don Luis se quedó sin Doña Ana porque yo

con alas en vez de pies, logré lo que él no logró.

Y en fin, para concluir: cuando al gran Comendador le dió por interrumpir la comida, en vez de ir

Don Juan a hacerle el honor de propinarle un trompazo,

¿por qué me hubo de exclamar:

—Ciutti, si vuelve a llamar, suéltale un pistoletazo,

debiéndoselo él soltar?

El cartel que publicó en Roma, yo lo escribí...

Claro que él me lo dictó,

pero el cartel lo hice yo, ¡y lo leyeron por mí!

Como las famosas listas de los muertos y conquistas...

Las hice yo... buenamente.

Y fueron, a cartas vistas,

las conquistas, unas veinte,

y los muertos veintitrés.

Por eso exclamó Don Luis:

—¡Por la cruz de San Andrés!...

Poniendo a doce por mes

que no es un grano de anís,

no hicisteis más que pinchar.

Fufsteis Don Juan un Nerón.

Tenorio... ¡es mucho matar!

Habéis debido enfermar,

por fuerza, del corazón.

Solo tengo en mi desdoro

una conquista infamante.

La de Brígida. El instante

con toda el alma deploro.

¡Y eso que fué interesante!

Y fué debido el borrón,

a no poner objeción,

a mujer, lugar ni hora...

En fin, hasta la señora

del desdichado Gastón,

el Ciutti de Luis Mejía,

me dijo en Florencia un día:

—He soñado, mi tesoro,

que he sido tuya, y te imploro

que aquietes el alma mía...

Y como me he de morir,

que traté de resistir

por ser mujer de Gastón...

Pero me hizo transigir

y aprovechar la ocasión.

Y por todo eso es mi afán,

el dar un mentís rotundo

al valor de aquel galán;

y que sepa todo el mundo,

quién fué Ciutti... ¡y quién Don Juan!

ANTONIO SOLER.

UNA REVISTA FRÍVOLA EN UN ESCENARIO PEQUEÑO

La experiencia, ese don impalpable que sólo los viejos presumen de poseer, me ha enseñado dos cosas: una, que los sombreros negros me sientan mejor que los sombreros grises, y otra, que la dependencia que menos importancia tiene en los teatros es el escenario.

Esto tal vez extrañe, pero es una verdad del tamaño de la abadía de Westminster.

Basta echar indolentemente una ojeada por los coliseos modernos para convencerse de que al afirmar lo afirmado, la razón me asiste como una monja enfermera. Tanto es así que me atrevo a lanzar impunemente el siguiente adagio: «a teatro moderno, escenario pequeño». Los teatros, contruídos en el día ostentan una gran sala, un amplio vestíbulo, un extenso bar, un suntuoso saloncillo, unos capaces cuartos de artistas, ascensores, almacenes, etc., etc. Y llega un momento en que el arquitecto examina los planos, da un grito guturalísimo y exclama:

—¡Caramba! Se me ha olvidado el escenario...

Y quitando unos metros de aquí y otros metros de allá, subsana el olvido. ¿Qué prueba esto?

La respuesta es clara, concisa, rotunda y paleontológica: el escenario es lo que menos importancia tiene en un teatro.

He tenido ocasión de asistir a tres o cuatro estrenos de otras tantas revistas frívolas, en un teatro cuyo escenario ocupa exclusivamente la extensión superficial de un tablero de ajedrez. Y no recuerdo instantes más angustiosos que los que esos espectáculos me han producido.

Todos sabéis lo que es una revista frívola. Un pretexto para engarzar diez o doce números de música y para que varias muchachas luzcan las ondulantes redondeces de sus organismos. Al buen éxito debe contribuir la presentación, el lujo de los trajes y del decorado, la audacia y la novedad de los trucos escénicos, la pericia del electricista, la feliz maniobra del tío que sube el telón y la rapidez del trabajo de los tramoyistas. Si además el libro tiene gracia y la música es alegre, el triunfo está asegurado como una finca urbana.

Ahora imaginad todos estos elementos, encerrados en un escenario de dos metros de largo y comprenderéis el angustioso sufrimiento que produjeron en mí los estrenos antes citados.

Se sienta el público ante la súbita iluminación de la batería, se oyen los siseos precursores del comienzo; varios caballeros tosen repetidamente, lo que hace suponer que ya no toserán en toda la noche, pero, desgraciadamen-

te, luego habremos de observar que sus toses son tan crónicas como los artículos de Gómez Carrillo; de pronto, el pianista sube su mano derecha, mira a ambos lados de la orquesta y deja caer sus diez dedos sobre el teclado.

¡Tachún, tachún, tata, taratatá! ¡Tata, tachún, tara, tará tararí!

Es el prelude, que extiende sus ondas sonoras por la sala. El telón se levanta entonces, pero se queda ligeramente enganchado del costado izquierdo. Se advierten los tirones que dan de él, pero los esfuerzos resultan inútiles.

Entonces puede verse una mano que lo desengancha y el telón asciende y se pierde en el telar. Alguien aplaude al poseedor de la mano que desenganchó. Y el público respira como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

La escena está formada por unas cortinas negras. Un mojón cuentakilómetros que se alza en el centro y en el que se lee: *A Torrelozanos. A Madrid*, nos hace comprender que estamos en la cuesta de las Perdices.

La orquesta ataca otro motivo; hay una pausa que nadie se explica y den-



Dib. GARRÁN. —Madrid.

—«No seas celosín, pues cuando te decía en mi anterior esta tarde he pasado una gran vergüenza en Recoletos, porque llevaba dos puntos detrás, me refería a los de las medias».

tro del escenario suena una voz apremiante:

—¡Señorita Chitina, a escena! ¡¡A escena!!

Se descorre una de las cortinas y la señorita Chitina sale, empujada por una fuerza oculta; da un traspiés, se endereza y canta. Nos enteramos de que simboliza la Noche. Se la oye decir, al compás de la música:

—En la soledad del campo...

Y extiende sus manos hacia el cam-

po, representado por las cortinas negras, en el mismo momento que una de las cortinas, agitada por el viento, deja ver un grupo de muchachas, vestidas de automovilistas, que aguardan el momento de salir. Todo el mundo comprende que el campo no está en una soledad absoluta, pero nadie da demasiada importancia al detalle.

Algunos espectadores se hablan confidencialmente:

—Verás, ahora van a salir unas automovilistas.

—¿Sí?

—Sí. Ya están preparadas.

Cuando acaba de cantar la señorita Chitina, la música cambia de ritmo y surgen las automovilistas.

—¿Ves?—dice el espectador que ya las anunció—. Ahí las tienes.

Las automovilistas cantan también y culpan a la Noche de todos los vuelcos que han sufrido. La Noche se incomoda mucho, mientras sonríe a un señor grueso que está en un palco proscenio. Luego, y para defenderse, dice que la Noche es una cosa estúpida y que les va a enseñar todo lo que ella ampara bajo su manto. Gran alegría entre las automovilistas.

—¡A reír! ¡A gozar!—gritan con verdadera desesperación. Y cae el telón, dejando un par de ellas fuera, las cuales se van por los lados muy avergonzadas.

El segundo cuadro es un cabaret. Aparecen dos mesas ocupadas por tres personas. Un camarero asegura que el local está lleno y nadie se atreve a contradecirle. Salen las muchachas de antes que ahora simbolizan los licores. Evolucionan con prudencia, porque no caben en el escenario, cuya mitad está ocupada por las dos mesas. Canta el Curaçao, canta también el Marie Brizard. Pero de pronto, el Pipermint, que estaba en un extremo de la escena, avanza un paso, le falta terreno y se cae a la orquesta. Revuelo consiguiente. Gritos, ayes. Entre el oboe y dos espectadores de la fila cero suben a pulso al Pipermint hasta colocarle otra vez en el escenario.

Sigue el número, pero antes de acabar, se cae a la orquesta la señorita que representa la Ginebra. El pianista, acostumbrado a estos incidentes, no la hace caso ya y sigue tocando. Ante aquella indiferencia, la Ginebra se levanta y se va con su novio, que ocupa la butaca 7 de la fila 3.

Acaba el cuadro con el Cock-tail, o sea la unión de todos los licores; para lograr este efecto, todas las señoritas se abrazan como si se despidieran para un largo viaje.

Apoteosis. Todos los personajes de la obra ocupan la escena. Se les ve cogerse de la mano, para evitar nuevas caídas. La Noche declama unos versos piropeándose. Aplausos. Salida de los autores por la concha del apuntador y mutis por el mismo lugar.

Doce espectadores empiezan a recoger dinero en un sombrero hongo; han decidido recaudar fondos para dárseles a la empresa y que empiece las obras de agrandar el escenario. Pero no reúnen más que diez y seis pesetas y deciden irse a Villa Rosa a tomarse unos chatos.



Dib. Max.—Madrid.

—¡Ay, ladrón! ¡Al fin solos!

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

BAMBALINAS, DIABLAS Y TRASTOS



Tenemos el gusto de presentar a los de Eslava tal y como los han admirado en París.

Don Ricardo de la Vega, el caballero de la mano en el pecho, según han dicho los franceses.

«Volver a vivir» de Felipe Sassone, en La Latina.

Respiré cuando leí en *La Nación* (no en la de allá —de Buenos Aires; sino en la de acá— de Viento Fresco) unas declaraciones de Sassone en las cuales decía el redactor teatral de aquel periódico que no se proponía demostrar cosa ninguna, que no era obra de tesis la obra *Volver a vivir* que aquella misma noche se preparaba a estrenar Paco Morano. Respiré. Podíamos, por una vez, estar tranquilos. No voy nunca tranquilo al teatro. «¿Qué tendré que estudiar esta noche? —voy diciéndome allá para mis adentros mientras me dirijo al teatro. ¿Será! por ventura, el derecho colateral del contrayente en relación con los bienes parafernales de la cónyuge que adulteró mientras el esposo estaba en Filipinas? ¿O será más bien el aspecto social de las civilizaciones modernas en su triple manifestación de la alpargata, la sotana y el sable? ¿Tratarán de demostrarme que el pensamiento no delinque —ni siquiera cuando escribe comedias infumables— y que la libertad y el corazón salvan a los pueblos porque el pueblo grita «¡Libertad!» y el corazón «¡amor!»? ¿Tendré que romperme la mollera para averiguar cómo se resuelve el apuro entre el amor que encadena y la libertad que rompe las cadenas?»

Es tremenda la situación, créanme ustedes, porque cuanto más me quieran demostrar menos me demuestran. No comprendo nada; no me demuestran nada. Y paso las de Caín. Naturalmente.

Así que respiré cuando vi que Felipe Sassone nos perdonaba y permitía que oyésemos una obra por las buenas.

«No va a demostrar nada! —grité con alborozo—. Va a mostrar nada más... Sin de. Hay una gran diferencia entre mostrar y demostrar. Figúrense ustedes que alguien quiere demostrar por logaritmos que la señorita Eva es guapa y que otro en cambio viene y ateniéndose a la máxima que dice: «Dónde esté una mujer [que se quite todo!], lo sigue al pie de la letra y con un simple «Voilà» nos hace ver que la señorita Eva susodicha es una



Puntos de vista.

mujer de cuerpo entero. Convencerá siempre el segundo mucho más que el otro. No harán falta logaritmos.

La mejor demostración será la demostración. La muestra es lo único que demuestra. «Véase la muestra» se dice. Y boca abajo todo el mundo. Demuestra el que muestra. Sobre el «de».

Sucede con esto igual que con los apellidos. ¿A qué vendría que yo Manuel Abril, me llamara Manuel de Abril? ¿Qué quiere decir eso? ¿Que soy de Abril? ¿que soy hijo de mi padre? Justamente lo que ya se sobreentendía sin el «de».

Pues aplicado este criterio a las obras dramáticas lleva a la misma consecuencia. «Esta obra muestra». ¡Muy bien! «Esta obra de-muestra» ¡Malo, malo!

La obra de Felipe Sassone, *Volver a vivir* pertenece a la primera clase de obras. Hay en ella un hombre. un hombre como cualquier otro, bueno y malo, ni bueno ni malo; queriendo ser bueno y siéndolo o no siéndolo, y unas veces cayéndose y otras leván-

tándose. ¿Comprenden? ¡Ya lo creo! Lo comprende cualquiera. Lo humano, dramáticamente lo comprende cualquiera en seguida. El personaje explica también, en un momento de la obra, esto de que somos dos y dos contradictorios. Y también dice: ¿«Comprendes?» al pobre viejecillo que le escucha.

Yo, cuando vi que empezaban a explicar lo de que no somos uno sino otro —«¿eh, me entiendes?»— di un brinco en el asiento y exclamé:

—¡Santo cielo!

¡Ya tenemos aquí a Pirandello!

Exclamé de este modo, en verso, porque todas las grandes emociones se expresan siempre en verso, digan lo que quieran muchas gentes.

Pero, afortunadamente, no estaba justificada la exclamación. Aquellas aclaraciones del personaje no traían la menor complicación a nuestro espíritu sencillo e inocente. Se trataba, no más, de esa doblez o ese dualismo elemental que, en realidad tenemos todos y que en el protagonista del drama de Sassone, da origen, como en casi todos nosotros a un drama, a muchos dramas.

El protagonista de *Volver a vivir* se llama Angel León y es ese su verdadero nombre propio; el más propio



Don Luis Manrique, el caballero de la mano en el pecho según pueden haber dicho las francesas.

de todos, porque es ángel a veces y es a veces león. ¡Enhorabuena! Es este un hombre que, al igual de todos nosotros, es ángel a ratos y a ratos es un

animal; pero puesto a ser animal en los momentos en que el ángel se le ausenta, escoge la animalidad del león, mientras que tantos, tan os otros, puestos a ser animales, escogen otros ejemplares menos regios que el león, ya la zorra, ya la chinche ya... la bicha o el bicho, o el bicharraco.

No contaremos el asunto de la obra ni la analizaremos. Digamos para no faltar a la verdad e informar a los lectores, lo que ya indicamos en el número pasado: que es una excelente obra; la mejor, mucho mejor, que ha escrito hasta el presente Felipe Sassone, y que la gente lo debió entender así porque no respiró en toda la obra y ovacionó al final. Nótese bien que hago notar el hecho de que, antes de ovacionar, no respiraba. Esto es importante. Conseguir que nos den una ovación y la oreja y las orejas, se puede conseguir por varios métodos ilícitos; el más acreditado de todos, el de la parrafada con latiguillos en la punta, y trufas de amor, libertad, patria. Hay quien no sabe oír y concede todas las orejas que le piden, incluso las propias... Como no le sirven, pues ¡claro!, las da en cuanto alguien se las pide! Pero estar con la respiración en suspenso cuando oyen un drama, una acción —no una parrafada—, y ovacionar después, eso, lector, ya es otra cosa.



Don Carlos M. Baena, que decía «¡Pan comido!» al ver a las francesillas.

Y así estuvo el público todo durante toda la representación la noche del estreno de *Volver a vivir*, excelentemente representado, por más señas, con

forme ya dijimos en nuestro número pasado.

Después de la representación pidieron cuando ovacionaban a Sassone se oyeron algunas voces de «¡Que hable!» Fueron estas voces una corroboración más de lo que nosotros acabamos de decir en favor de la obra: pedían lo que apenas habían encontrado en la obra: oratoria. Sassone había *hecho*, no había *dicho* (del *dicho* al *hecho* hay mucho, mucho trecho), y como los espectadores están acostumbrados a escuchar cada vez que van al teatro, cuando menos un discurso por escena, los echaban, los pobres, de menos.

Felipe tuvo el buen sentido de ser breve, recordando sin duda que, actualmente, resulta peligroso —¡*Deo gratias!*— el parlamentarismo.



Don Luis Pérez de León, llamado de Lyon por su desmedida afición al embudo.

Vilches, en el Infanta Beatriz.

La niña «bien» que hace dos meses nos escribió hablándonos de Vilches en carta que publicamos en esta misma sección, ha vuelto a escribirnos ahora. Dice así entre otras cosas:

«¿No se lo decía yo a usted? ¿Ha visto usted a Vilches en el Infanta Beatriz? ¿Le ha visto usted en *El amigo Teddy*? ¿Le ha visto usted en *Un marido ideal*? Claro que él no hace de marido ideal, porque resultaría un disparate: no hay maridos ideales. El ideal, en cuanto es marido, pierde toda idealidad. Vilches no puede ser marido nunca... ¡marido... qué vulgar!... El hace de soltero ideal. Capaz de casarse también, ¡claro!, pero sólo para que cada

una nos hagamos la ilusión de que se casaría con nosotras llegado el momento. ¿Se fijó usted cómo viste? ¡Oh!... ¡Qué pantalones los del segundo acto!... Afortunadamente son los



Don Manuel Collado, de quien publicaremos en breve sus aventuras parisienses.

mismos que saca otra vez en el cuarto. Yo me puse muy triste cuando al llegar el tercer acto vi que se había vestido de otro modo: creí que ya no volvería a verle aquellos pantalones y aquella corbata y aquel bastón tan siglo XIX. Y eso que con la capa y la bufanda está... ¡oh, cómo está!... Pues ¿y cuando abraza a la novia?, está... ¡oh, cómo está! ¡no sé cómo puede estar!... (la novia, por supuesto) Acabaré siendo actriz y pidiéndole un contrato, ¡lo estoy viendo! ¿Se fijó usted en el detalle de jugar con el bastoncito empujando el respaldo de la silla? Sí; en el segundo acto de *Un marido ideal*. Conforme habla y dice ingeniosidades irónicas está como dando estocaditas con el bastón en el respaldo de la silla que tiene delante, y hay en ese detalle más ironía y más expresión que en las frases que va diciendo... Es un buen cómico.

¿Y la Heredia?... El traje aquel del tercer acto y el relleno del traje aquel —relleno natural completamente auténtico: se ve— resulta fascinante. ¡Mire que es difícil no hacerse antipática representando tan a lo vivo los papeles de mujer fatal!... Yo no puedo ver a las mujeres fatales. Son las que nos quitan las novias. Y los hombres acaban por casarse con ellas. Porque hasta se quieren casar, sólo por hacernos rabiar a nosotras las *peques* que tenemos la fatalidad de no saber todavía y no poder ser tan fatales como ellas...»

MANUEL ABRIL

LA INDISPOSICIÓN DEL TENOR

De la escena violenta que sigue, son personajes un empresario iracundo y un tenor de diez mil reales. Este se niega a cantar la *Marina* por la tarde y alega estar indispueto, aunque cree que aliviárase para cantar por la noche lo que el empresario mande. El empresario colérico insulta al nuevo Gayarre y dá comienzo el diálogo que me permito copiarles:

El tenor.—Señor Martínez, suplico a usted que se calme. ¡Yo quiero que esté tranquilo y pido que se percate de las causas que me impiden cantar la función de tarde!

El empresario.—Le dije cuando vino a contratarse, que le pagaría un sue do de los más fenomenales

pero con la condición de evitar *enfermedades* como ésta de hoy, que ya veo que es una excusa y que me hace la santísima, pues tengo vendido para la tarde todo el teatro y si usted no canta, esto es un desastre.

El tenor.—¡Pues yo no canto, lo mande quien me lo mande!

El empresario.—¡¡Usted canta!!

El tenor.—¡¡Ni aunque me maten!!

El empresario.—¡¡Ea!! ¡¡Basta!!

El tenor.—¿Va usted a echarme?

El empresario (furioso, tiene un garrote al alcance de la mano y lo enarbola):

—¡¡Usted de aquí ya no sale porque no me dá la gana!!

El tenor.—¡Desde este instante no pertenezco al teatro!

¿Usted no accede y no hace porque yo aparezca enfermo?

¡Me voy y acabamos antes!

El empresario (en el colmo del despecho y del coraje):

—¡¡Indecente!! ¡¡Sinvergüenza!!

(Le dá un palo formidable y el tenor rueda por tierra lanzando unos cuantos ayes con su voz de hermoso timbre y lanzando algo de sangre por su helénica nariz que, a más de helénica, es grande).

Y después de diez minutos de paliza inenarrable dice el tenor lo que sigue, con triste acento y quejándose:

—Le perdono a usted, Martínez, pero anuncie en el instante que por estar indispueto y herido aunque no muy grave no puedo hacer la *Marina* que se ha anunciado esta tarde.

El empresario (llorando a lágrima viva, aparte):

—¡¡Se ha salido con la suya y no hay medio de que cantell...

SOTERO L. PEÓN



Dib. ALFRB.—Madrid.

—Y si es que quieres hacerme alguna mala faena, ten en cuenta que soy más largo que tú...



Dib. GALINDO.—Madrid.

—Anda, Antoñito; díle a este señor cómo te llamas...

ECOS DE ALGUNAS PARTES

Nuestro activo y acreditado corresponsal en Dublín nos comunica que, según datos tomados en las estadísticas de alimentación escocesa, se han pescado este año veinte millones de bacalaos en aquellas aguas. Y añade que en aguas bastante cercanas a aquellas, se han pescado cuarenta millones de sardinas, ochocientos mil trescientos cincuenta y tres atunes, cuarenta mil bonitos (de los cuales quinientos veinte eran preciosísimos), noventa millones de almejas, medio millón de calamares y diez y seis gallos. Los pescadores, debido a la inclemencia del tiempo, han pescado también ochocientos catarrazos de vaya usted con Dios. Y algunos han ido, desgraciadamente...

Trasladamos esta noticia a los favorecedores de BUEN HUMOR, y nos impulsa a hacerlo el legítimo deseo que tenemos de que nadie pueda decir de ningún lector nuestro que no sabe *lo que se pesca*.

Y como, después de leer la precedente estadística, todo lector lo tiene que saber a la fuerza, respiramos tranquilos por el enorme favor que les acabamos de hacer, ¡y a otra cosa!

...

En un círculo literario de Caracas ha dado recientemente una conferencia, sobre la influencia de la gorra de cuadros en la baja de los marcos, el ilustre escritor y economista gallego Domingo Cuzeiro del Pestiño.

Asistió al acto la lucida y numerosí-

sima colonia gallega de Caracas en su totalidad y Cuzeiro del Pestiño fué largamente aplaudido, pero, al abandonar el público el salón, se observó el detalle curioso (mejor dicho, poco curioso) de que el local olía bastante mal. Y varios eximios profesores químicos de la lejana y ultramarina población, han sacado esta peregrina y original consecuencia:

Que en Caracas la colonia gallega es la colonia menos indicada para perfumar las habitaciones.

Lo sentimos.

...

Esto que vamos a contar ahora ha sucedido en España. Omitimos el nombre de la población y el nombre y apellidos del protagonista de la juerga por no buscar líos a nadie y por lo bestialmente discretos que somos.

Es el caso que en la referida y misteriosa ciudad ha estrenado un drama terrible un reverendo sacerdote y poeta que es el asombro y el orgullo de sus paisanos.

El drama era sencillamente fenomenal, bastante sanguinolento y traicionablemente ibseniano, pero los cómicos que lo representaron se portaron como los peores foragidos del planeta y, si no es por lo buena que era la obra y por lo bueno que es el cura que la escribió, no sabemos los horrores que allí hubieran pasado.

Y sucedió que, entre bastidores, y al acabar el primer acto, un periodista de la localidad se permitió observar al galán de la compañía que el presbítero

seguramente diría algo referente a las deficiencias de los intérpretes. Y a tan sabia observación, opuso el galán la siguiente grosería:

—¡Que diga misa!

Suponemos que el aludido no tendría más remedio que obedecerle, aunque nos molesta que un cómico tan malo se haya salido con la suya.

...

Un amigo nuestro, que, si ustedes le tratasen, lo sería suyo también, porque es una persona honradísima, nos acaba de hacer saber una cosa interesante y la mar de curiosa que hasta hoy ha ignorado todo el mundo.

Este buenísimo y susodicho amigo estaba en el secreto, hace una barbaridad de tiempo, de por qué a los serenos se les llama dando palmadas en lugar de vociferar indignadamente y estentóreamente: ¡sereno!, como hace veinte años.

Y la razón es la siguiente:

El primer sujeto que dió palmadas para avisar al nocturno y taciturno vigilante fué el jefe de la *claque* del teatro de la Princesa, allá por los tiempos en que Rafael Calvo hacía llorar a las mujeres, a pesar de ser eso el pecado más horrible según un pensador zarzuelero contemporáneo.

Interrogado el referido jefe de *claque* sobre su extraño proceder al llamar al sereno de aquella manera, en lugar de con el grito angustioso que entonces estaba de moda, dijo la ligera sublimidad que copio a continuación:

—¡Es que yo, por razón de mi oficio, no puedo gritar ni a los serenos!... ¡Y, además, la experiencia me ha demostrado que, aplaudiéndoles, vienen antes!...

Y, como nuestros lectores habrán tenido ocasión de observar, esto es una verdad como un templo egipcio.

O, mejor dicho, ya que tratamos de un jefe de *claque*: ¡es una verdad palmaria!...

...

Un joven enamorado chico leó a una muchacha guapísima en esta forma:

—¡Viva tu madre!

El grito, lanzado en una calle de Valladolid, tuvo como consecuencia un idilio fenomenal y la boda inevitable entre el chicoleador y la muchacha.

Al mes escaso, el chicoleador pegaba un tiro a su suegra y ésta, afortunadamente, la diñaba.

Y pregunto yo:

¿Aquello de ¡viva tu madre! qué quería decir?

Porque no lo entiendo por más vueltas vertiginosas que lo estoy dando.

ERNESTO POLO



Dib. MONRAGÓN.—Barcelona.

—¡Eres muy bueno, Crispín!..

—Usted que siempre me ha mirado con buenos ojos, señor Celipe.

PARADA

SECCIÓN RECREATIVA

GARRIDO



PASATIEMPO

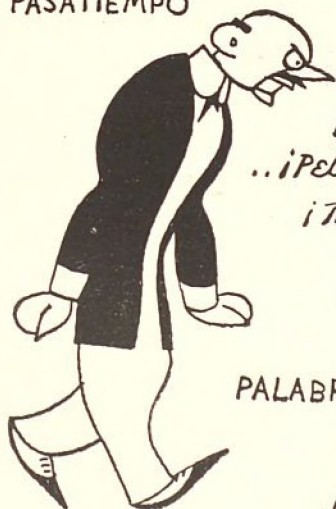


PROBLEMA



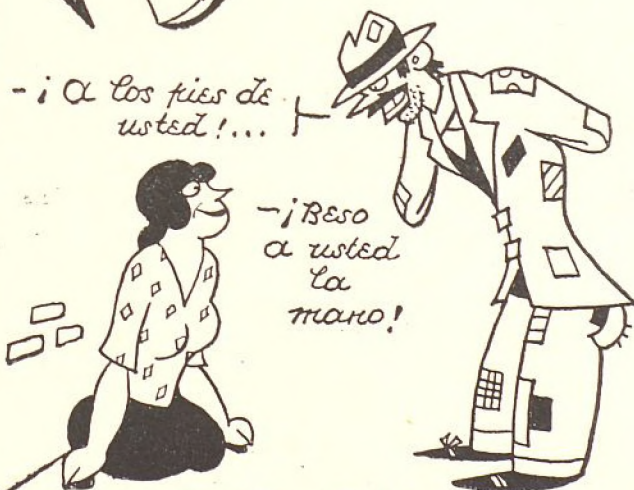
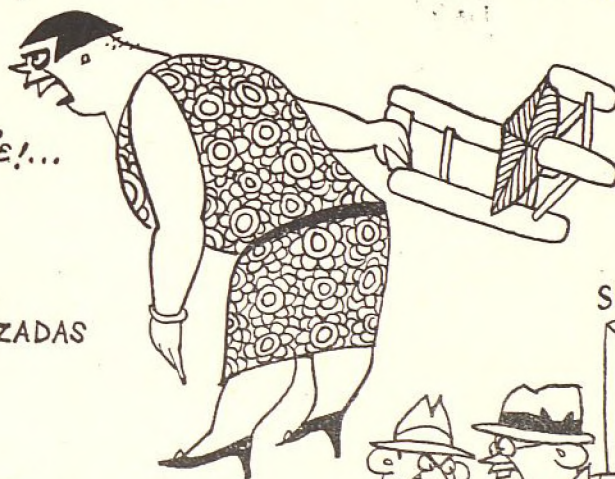
RETRATO

JEROGLÍFICO



*¡Fed!...
...¡Pelona!
¡Miserable!...*

PALABRAS CRUZADAS



- ¡A los pies de usted!...

- ¡Beso a usted la mano!

FRASES HECHAS



FUGA DE VOCALES

SECRETARÍA

VARIAS RECETAS MÁGICAS

No ignoro que muchas personas sufren resignadamente los duros embates del Destino, los crueles golpes de la Fatalidad sin advertir que lo inmutable no existe y que el Hombre lo puede de todo.

Yo que estoy versado en las más antiguas ciencias del humano saber; yo que he estudiado ávidamente los extraordinarios textos de las edades preteritas; yo que conozco el significado de los jeroglíficos egipcios, la escritura griega, los trazos árabes y que domino a la perfección la letra inglesa y la no menos complicada letra redondilla, voy a decirte, lector, algunas recetas mágicas de asombroso resultado. Gracias a ellas, todas tus inquietudes y todos tus tormentos cesarán al punto. Que no hay poder superior al de esta antigua y extraordinaria ciencia que se denomina Magia.

Receta mágica para echar al visitante importuno.

Se mezclan en un perol doscientos gramos de azufre, cien de alcanfor, ciento cincuenta de harina, cuatrocientos de carburo, y se añade, en cantidad suficiente, agua en la que se haya

diluido un puñado de zotal. Se espolvorea esta mezcla con algún insecticida acreditado, se pone al fuego y se le hace hervir durante varias horas.

Luego se cogerá un cuchillo e impregnándolo de la substancia antedicha, se pronunciarán las siguientes palabras de invocación:

On kantán on yac yac lecroc.

Estas palabras mágicas serán repetidas, en voz alta, por los pasillos de la casa, al mismo tiempo que se blandirá el cuchillo en todas direcciones. Se logrará con ello el resultado apetecido. Pero, si a pesar de todo, el visitante continuase molestando, es conveniente acercarse a él y, con voz misteriosa, decirle:

—Escuche, señor. On kantán on yac yac lecroc. ¿No oye? Pues yo juraría que le están llamando a voces en las islas Bermudas.

Receta mágica para impedir que vuestra novia se enamore de otro.

Esta receta es maravillosa, pero necesita ciertos requisitos para su buen resultado.

Un martes de primavera en que haya llovido y en que la luna esté en cuarto

creciente, se cogerá el ojo derecho de un gato blanco nacido de noche y que no tenga padre reconocido, tres plumas del ala izquierda de un cuervo cazado una mañana de enero, un pelo de lobo y dos ancas de rana macho. Todas estas cosas se colocan al fuego y se reducen a cenizas.

Las cenizas han de estar, durante tres años, en la rama más ingente de un ciprés. Y todas las noches, al dar las doce, se harán las siguientes invocaciones procurando pronunciarlas sin titubeo y sin una falta.

Brotaní. Brotaní, nok nok; casnok on. Brotaní Brotanó.

Al final de cada palabra pensará uno en la amada, en un camello blanco y en un toro negro.

Transcurridos los tres años, se descolgará la bolsita, se mezclarán las cenizas en ella contenidas con agua regia, se añadirá mirra, incienso, ámbar gris, leña de álce y bicarbonato, y se le dará a la novia el líquido que resulte para que lo beba.

Si se niega a beberlo es señal inequívoca de que puede ser infiel al amor jurado, y lo mejor es regañar con ella. Si bebe el líquido y, no obstante, os engaña también, lo mejor que podéis hacer es resignaros con vuestra triste suerte y no decirlo, porque, con esto último, sólo conseguiréis ponerlos en evidencia.

Receta mágica para ver en sueños un caballo blanco.

Entre las infinitas recetas mágicas que conozco, hay una para conseguir ver en sueños un hermoso caballo todo blanco. Es la siguiente:

Se mezclan en un vaso cantidades iguales de agua oxigenada, agua de colonia, «chartreusse» y agua de azahar. Con este líquido se hace un cocimiento de flores campestres y adormideras.

Todo ello debe beberse tres horas antes —ni un minuto más ni un minuto menos— de dormir.

Y a las tres de la madrugada se verá el hermoso caballo blanco.

De no suceder así, será debido a que no se han realizado al pie de la letra las indicaciones anteriores o a que, por estar durmiendo, se han tenido los ojos cerrados.

Los textos de donde he entresacado estas recetas, nada dicen de la utilidad de ver en sueños un caballo blanco. Yo, que no quiero ser menos que los textos, tampoco diré nada de dicha utilidad y haré punto en este mismo instante.

J. SANTUGINI PARADA



Dib.
CUESTA
París.

—¡Querido: Cuida de los niños un momento, que voy a la peluquería a cortarme la melena y de paso a comprar tabacol.



Dib. SAMA.—Madrid,

EL SABIO DISTRAÍDO

—¿Pero dónde habré puesto las cerillas? ¡Nada, que no voy a poder echar un cigarrillo!...

DEL BUEN HUMOR AJENO

== EDIPO REY ==

por ARKADY AVERCHENKO

I

El portero entró en mi despacho y me dijo:

- Preguntan por usted, señor.
- ¿Quién?
- Edipo Rey.
- No le conozco.
- El me ha dicho que le conoce usted.
- ¿Qué quiere?
- No sé. Me parece que trae un manuscrito.

- Torcí el gesto.
- Que espere. Estoy ocupado. Cuando termine llamaré.
- Un cuarto de hora después Edipo Rey se hallaba en mi presencia.
- Era un joven gordo, carirredondo, pecoso, de labios gruesos.
- Buenas tardes, querido amigo—me saludó, tendiéndome la mano—.
- ¿Qué tal?
- Bien, ¿y usted?... ¿Con quién tengo el honor de hablar?
- El joven se había ya repantigado. *motu proprio*, en una butaca.

- ¡Cómo! ¿No se acuerda usted de Edipo Rey?
- ¿El padre de Antígona?
- No. El Edipo Rey que le envié a usted el mes pasado unas poesías, que usted no publicó. Me contestó usted dos veces en su «Estafeta».
- ¡Ah, sí, sí; ya recuerdo!
- Es bonito el seudónimo, ¿verdad?
- No es feo, no.
- ¡Edipo Rey! Le llamaría a usted la atención.
- Sí.
- En su primera respuesta me decía:

usted: «Su poesía, aunque concebida en una cabeza coronada, avergonzaría a un cochero de punto». Se reírían mucho los lectores.

—¿Viene usted, por lo visto, a pedirme explicaciones?

—¡No! Lo que me ha movido a visitarle a usted ha sido la segunda respuesta. La recordará usted...

—Vagamente.

—¡Qué desmemoriado! Me decía usted: «Renuncie de una vez para siempre a pulsar la lira. Le aconsejamos que se dedique a otra ocupación».

—¿Y qué? ¿No está usted conforme?..

—Sí; pero vengo a que me diga usted la ocupación a que debo dedicarme.

—¡Hombre, yo qué sé!

—¡Cómo!

El joven me miró con asombro, casi con indignación.

—¡Ah, no! —añadió—. Habiéndome usted aconsejado, de un modo tan categórico, que cambie de oficio, su deber es orientarme, ¿comprende usted?

—No del todo.

El joven cogió un pitillo de mi cigarrera, lo encendió y se explicó de esta guisa:

—Usted me ha cerrado, por decirlo así, las puertas del Parnaso, me ha hecho renunciar a la carrera de poeta. Y ha contraído con ello cierta responsabilidad en lo que atañe a mi porvenir.

—Para aconsejarle a usted —objeté yo tímidamente— la carrera que ha de elegir, necesitaría conocerle un poco, saber de lo que es usted capaz.

—¡De todo!

—Eso es demasiado, joven. Es más: eso es peligroso. Hay que ser capaz de algo concreto. ¿Cuál es su carrera predilecta?

—La literaria.

—Sí; pero...

—Si no puedo aspirar a ser un gran poeta o algo por el estilo, aceptaría...

—Edipo Rey reflexionó un instante—, aceptaría, por ejemplo, el empleo de secretario de esta revista.

—Tenemos uno.

—No importa; se le despide.

—¿Pero con qué pretexto?

—¡No sea usted cándido! Es muy fácil echar a un secretario. Se le acusa de haber perdido un original importante, y asunto concluido.

La idea era genial.

Lo pensaré —dijo humildemente.

II

Entró en el despacho una de nuestras empleadas.

—¿Qué hay, Anna Nicolayevna? —le pregunté.

—Acaban de avisar de la imprenta que la censura no seja pasar la poesía.

—¿Cómo! No hay motivo...

Edipo Rey nos escuchaba con visible interés.

—¿Dice usted —inquirió— que la censura no permite?...

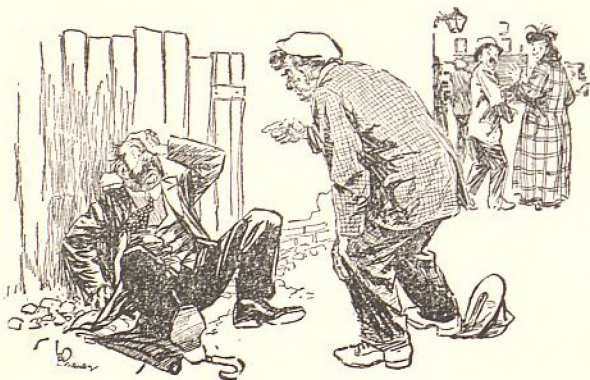
—No permite publicar la poesía —contestó, mirando, asombrada, al monarca, Anna Nicolayevna.

El monarca guardó silencio unos instantes, tamborileando con los dedos sobre la mesa, y dijo:

—Bueno; eso corre de mi cuenta. Dígame al regente que no se preocupe. Yo le hablaré a Pedro Vasilievich.

Anna Nicolayevna, cuyo asombro subió de punto, me miró, como preguntándome: «¿Quién es este señor?», y salió.

—Pedro Vasilievich —añadió Edipo Rey, al ver pintadas en mi rostro la extrañeza y la perplejidad— es uno de mis mejores amigos. El es el verdadero jefe del negociado de la Prensa. Se publicará la poesía. ¡A otra cosa! ¿Dónde compra usted el papel? ¿A cómo lo paga?



EL AGRESOR.—¡Perdone usted, creí que era usted mi casero!

LA VÍCTIMA.—Aunque fuera su casero, no tiene usted derecho a maltratar así...

EL AGRESOR.—¿Y usted quién es para aconsejarme cómo debo tratar a mi casero?, cuídese de sus negocios.

(De London Opinion, Londres.)

Satisface su curiosidad.

—Un amigo mío, Eduardo Pavlovich, se lo venderá a usted con un quince por ciento de rebaja. Si usted me lo permite...

Y sin esperar a que yo se lo permitiera, se acercó al teléfono y descolgó el auricular.

—¿Central? ¡77-18! ¡Gracias! ¿Con quién hablo?... ¡Hola, Eduardo! ¿Qué tal?... Escucha: soy íntimo amigo del director de la revista *Satirikón*, y quiero que le surtas, de hoy en adelante, de papel; pero haciéndole una rebajita, ¡Ya ves, es un buen parroquiano!... ¿El cinco por ciento? ¡No, no, el quince!... ¡Nada, nada, el quince, no seas tacaño! Tengo un gran interés!... ¡Gracias! En seguida se te pedirá una remesa. ¿Por qué no fuiste anoche al círculo?... ¿Una aventurilla? ¡Ah, granuja!... ¿Mañana, a las siete, para comer juntos? ¡Encantado! No faltaré. Adiós! No dejes de dar órdenes respecto al papel de *Satirikón*... ¡Muchas gracias!

El joven colgó el auricular y se sentó de nuevo.

—¿Ve usted?... Ese quince por ciento supone un ahorro anual de consideración. ¿Cuánto papel consumen ustedes al año?

Contesté a esta nueva pregunta.

—El ahorro asciende, pues, a cinco mil rublos. O sea a cincuenta mil rublos cada diez años, a quinientos mil cada siglo.

Incliné la cabeza bajo el peso de aquellas cifras, turbado como un criminal ante un juez implacable.

III

Edipo Rey se había sentado en mi sillón y tomaba notas en su *carpet*.

—Veo que no tienen ustedes anuncios de Bancos.

—Los Bancos —repuse— no se anuncian en las revistas satíricas.

—¿Por qué no? El del Estado, lo comprendo; pero los particulares... El de la Siberia, por ejemplo... Verá usted. Con su permiso...

Nueva conferencia telefónica.

—¿Central? ¡121-14! ¡Gracias! ¿El Banco Siberiano? Quisiera hablar con el director. ¿Eres tú, Miguel?... ¿Qué tal? ¿Cómo van los negocios? A pedir de boca, ¿verdad?... ¿Un magnífico dividendo? ¡Me alegro!... ¿Qué? ¿Una excursión a las islas? No puedo; estoy muy ocupado. ¡Que os divirtáis!... Oye: tengo un favor que pedirte. Envía mañana un anuncio al *Satirikón*... El director es mi mejor amigo, y mi interés en que se le complazca es grandísimo. ¿Que no les dais nunca anuncios a los periódicos satíricos? ¡No importa! No hay regla sin excepción... ¡Nada, nada!... ¿Cómo?... Quinientos rublos página... ¿Una rebaja? ¡Pero si es muy barato!

—Hágale una rebajita —dije a media voz.

El joven volvió la cabeza y me dirigió una mirada de reproche.

—Hace usted mal en ser tan blando con estos sacos de oro. ¡Eh, tú, Libro Mayor! ¡Te rebajamos el veinte por ciento! ¡No te quejarás!... ¿Qué? ¿Que le dé las gracias al director? ¡Bueno! ¡Adiós!

Edipo Rey colgó el auricular.

—Me encarga que le dé a usted las gracias.

—No hay de qué —respondí modestamente.

—¿Ve usted?... Mañana mismo le traerán el anuncio. ¿Podrá insertarse en este número?

—Desde luego.

Luego de tomar otra vez asiento en mi sillón, el joven cogió otro pitillo de mi cigarrera y lo encendió. Yo no sabía ya a ciencia cierta cuál de nosotros dos era el director de la revista.

—¿Y de colaboradores ¿qué? ¿Cómo andan ustedes?

—Bien —contesté, no sin timidez—. Nos envían originales, con frecuencia, escritores muy distinguidos. Por ejemplo...

Nombré a nuestros principales colaboradores.

—¿Y Korolenko? —interrogó, severo, mi interlocutor—. ¿Korolenko no escribe en el *Satirikon*?

—No; no escribe nunca en los periódicos satíricos.

—Es preciso, no obstante, que escriba en el *nuestro*.

—No creo que sea fácil conseguirlo.

—De eso me encargo yo. Hay que publicar cosas suyas, aunque sean de poca monta. Lo importante es su firma. De lo que se trata es de que figure entre los colaboradores del periódico. Voy a telefonearle. Debe de estar en la Redacción de *La Riqueza Rusa*, que dirige él, como sabe usted. Tenga usted la bondad de buscar en la lista el número del teléfono, pues no lo recuerdo.

Obedecí.

—447.11.

—Gracias. ¿Central? ¡447-11! ¿*La Riqueza Rusa*?... Que haga el favor de acudir al aparato Vladimiro Ignatich...

—Korolenko se llama Vladimiro Galaktionich — me permití observar,

—¿Sí? Como yo le llamo siempre por el diminutivo... Volodia... ¿Con quién hablo?... ¿Eres tú, Volodia? ¿Qué tal, querido? Siempre escribiendo, ¿eh? Como el boyardo de Puchkin, escribes toda la noche con tu pluma impregnada de venganza... Debías escribir algo ligero, chico... ¿Que no te sería fácil publicarlo? ¡Yo me encargo de la publicación! Te lo publicaré en una revista satírica cuyo director es íntimo amigo mío... ¿Cómo?... ¡Desde luego! Podremos hacerte un anticipo... ¿Qué?... ¿Tienes un artículo inédito? ¡Magnífico!... ¿Setecientas líneas? Es

PELUQUERÍA MODERNA

—¿A quién le toca servirse?

(De London Mail, Londres.)



demasiado. Pero no importa; podremos acortarlo un poco, ¿verdad? Bueno; mándanoslo en seguida, y si nos gusta... ¿Que me esperáis mañana? Bueno; procuraré ir. ¡Adiós! A los pies de Ana Evgrafovna y besos a Katia.

Edipo Rey volvió a sentarse en mi sillón.

—Bueno; ya figura entre nuestros colaboradores Korolenko, uno de los nombres más gloriosos de la literatura rusa. Setecientas líneas será demasiado, ¿no? El me ha dado permiso para podar a nuestro antojo. Aunque reduzcamos el artículo a la mitad de su tamaño no se enfadará. Siendo cosa mía.

IV

—Veo que tiene usted muy buenas relaciones.

Mi interlocutor se sonrió, halagado por mis palabras.

—Sí; no son malas. Ya sabe usted que, en lo que pueda serle útil, estoy a su disposición. Tengo amigos en la banca, en la literatura, en la política, en todas partes. ¿Le convengo como secretario de la revista? Dígamelo con la mano sobre el corazón.

—Sería un gran honor para nosotros...

—Pues bien; no hay más que hablar...

—Pero ¿cómo desembarazarnos de nuestro secretario actual?... Acusarle de la pérdida del manuscrito, como usted me ha aconsejado, me parece un poco...

El joven me impuso silencio con el ademán.

—Se me ha ocurrido una idea. Mire usted: se puede escribir una carta, que crea él escrita por el director de otra revista, ofreciéndole el empleo de se-

cretario con un sueldo mucho mayor que el que tiene aquí. El, como es natural, se despedirá. ¿Qué le parece?

—¡Admirable, admirable! De acuerdo. ¡Hasta mañana, pues!

—Usted me avisará por teléfono, ¿eh?

—No será fácil.

—¿Por qué?

—Porque... A propósito: ¿conoce usted al director de la red telefónica?

—¿A Vania? ¡Somos como hermanos!

—¿Sí? ¡Cuánto me alegro! Hace tres días que mi aparato no funciona, y estoy incomunicado, aislado; lo que me origina una porción de trastornos y molestias...

Edipo Rey me miró con asombro e indignación, como si hubiera sido víctima de una cruel perfidia.

—Luego todas mis conferencias telefónicas... balbuceó.

Yo no contesté nada. Ni siquiera me atreví a sostener su mirada, y bajé los ojos. Se acercó al diván y acarició, meditabundo, el cuero del respaldo; dirigióse, lento y cabizbajo, a la ventana, levantó el visillo y miró a la calle; atravesó dos o tres veces, diagonalmente, en un ir y venir nervioso, desasosgado, la estancia; se detuvo junto a la mesa, cogió una cerilla del cenicero, la sometió a un minucioso examen y la tiró al suelo; después se entregó, durante cerca de un minuto, a la contemplación del tintero, que estaba a la derecha de mi carpeta, y lo trasladó, suspirando, a la izquierda. Realizado este acto misterioso, se acercó de nuevo al diván, volvió a acariciar el respaldo, cogió el sombrero y sin decir palabra se fué.

No cambiamos de secretario.

J. K.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Asa. El Pardo.—Con la benevolencia que usted merece, le diremos que el chiste del dibujo es demasiado vulgar para lo que en este semanario debe exigirse, que al dibujo le falta también algo para ser viable y que celebraremos que algún día podamos llegar a entendernos.

J. S. del Corral.—Su trabajo no está en condiciones para salir a la luz pública. Se lo juramos por el eterno descanso del difunto que le parezca a usted mejor, suponiendo que haya difuntos que puedan parecerle bien a nadie.

P. M. 5. Bilbao.—Como para que le sepulten a usted en las espumas procelosas del simpático Nervión.

B. G. C. Madrid.—Estúpido hasta la muerte.

Lento. Madrid.—Usted será Lento, pero al cesto ha ido usted de un modo tan vertiginoso que hasta nosotros mismos nos hemos asustado.

!!! PARA BODAS !!!

SEGURA

FOTÓGRAFO

4. Puerta del Sol, 4.

Teléfono 41-52 M.

Cliffer. Barcelona.—¡Eso es más antiguo que el mundo! ¡Y cosas anteriores a la creación, no!

Protelco. Madrid.—Muy tonto, y ligeramente plomizo.

Casiano. Burgos.—Vuelva usted otro día. Y aunque tarde usted en volver, no importa.

L. L. B. San Sebastián.—¡Valor, amigo mío!... ¡Valor y serenidad!... ¡Prepárese a recibir una noticia dolorosa!... ¡Ha ido usted de cabeza al cesto!...

S. C. Valencia.—Su cuento *El sí* se ha transformado en esta Redacción y se ha convertido en el no. Es un no cariñoso y considerado, porque usted no es ningún adefesio literario ni mucho menos, pero es un no, ¡qué caramba!

Rosendo. Valladolid.—Su cuento *Abel* es más malo que Caín, a pesar del absurdo histórico que esto supone.

R. G. T. Granada.—¡Es usted más bruto que la rueda de un autobús, y, como ella, no mira usted donde pisa ni lo que pisa!

E. E. E. Alcalá.—¿Qué es eso de que el café *se inventó* en lejana fecha?... ¡Se inventaría el que usted toma, que debe de ser una porquería de ole!

DANDY LA MEJOR CREMA PARA EL CALZADO—
MANUEL FERNÁNDEZ
Carrera de San Jerónimo, 14.
(LIMPIABOTAS)

C. P. S. Sevilla.—Dice usted al principio de su republicano cuento: «... yo no llegué a tener el gusto de conocer a Ríos Rosas...»

No se ponga usted triste por eso. Nosotros tampoco le conocimos. Y es que no se puede conocer a todo el mundo. ¡caray!

Le diable. Bayona.

Lo que manda Le diable es bastante lamentable.

Choko Late. Madrid.—Ese *Recuerdo a Sagasta* es, a nuestro modesto juicio, demasiado pretérito y, además de pretérito, muy imperfecto.

Reerre. Habana.—No puede haber nada de común entre un foragido literario como usted y unos caballeros íntegros y decentes como nosotros.

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETAS, 7
Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

H. G. M. Madrid.—Hasta el cesto ha rechazado su trabajo.

P. P. L. Barcelona.—¡Qué pena de noy! ¡Con el dinero que podía ganar machacando suela, en lugar de andar machaca que machaca para que nosotros le publiquemos esas majaderías!

Cierta rústica, gasta su bolsa en Pasta Orive porque que así afinó su boca, que era ¡Lo cual es verdad, pura en rústica y en pasta!

Lerele. Sevilla.—Es un buñuelo, visto con gemelos prismáticos de ochenta y seis aumentos.

Marfa. Madrid.

¿Que su casero es un tío?
¡Lo mismo le pasa al mío!

Y, ya vé usted, ni me quejo ni hago versos con tan repugnante motivo.

El Carro. Madrid.—Entendámonos: ¿usted es el carro o el que tira de él?

L. R. E. Valladolid.—¿Con que usted quiere tomar fiera venganza de un amigo traidor? ¡Pues léale usted lo que nos ha mandado y le hace usted cisco de retama antes de llegar al quinto párrafo!

Calibancete. San Sebastián.—Malo, malo, malísimo, pésimo, horrendo, apocalíptico, bestial, neurálgico, intolerable, aplastante, etcétera, etc. etc. ¡Una verdadera catástrofe, de la que no hemos salido muertos porque Dios nos aprecia mucho y ha querido hacer ese milagro!

Rengifo. Córdoba.—Usted es un ganso y perdóne... ¡Perdóne el ganso, queremos decir!

Malaver. Cádiz.—

¡Yo te juro, Malaver, que si alguien llega a leer lo que, incauto, aquí has mandado, te libas, pobre amigo, a ver en un trance algo apurado! Porque el primer molición no te lo quitaba ni Uzcudun que se empeñase en defenderte de las iras del lector.

H. P. M. Burgos.—¡El Directorio tiene mucho más humorismo que usted, so idiota!

B. G. P. Madrid.—No vale ni para envolver macarrones.

Liberto. Bilbao.—Usted despre- ciará a los *clowns*, pero usted es un tonto aunque usted no quiera. Y además no le pagan por decir tonterías como a ellos. No nos explicamos, por tanto, la razón de ese desprecio. ¿Es envidia, caballero?

A M A D O R

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

M. L. R. Madrid.—

No he visto en mi larga vida narración más aburrida.

Califa III. Granada.—¡Cuénten- selo usted al moro Muza!

Clemente. Madrid.—

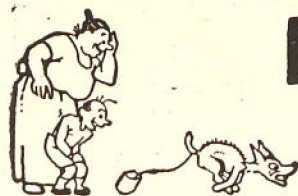
Querido amigo Clemente: queda aceptado su cuento. ¿Está usted por fin contento? ¡Pues me alegro brutalmente!

C. C. D. Madrid.—El dibujo es un verdadero higo, dicho sea sin ánimo de molestar a los cosecheros de Fraga.

CUPÓN

correspondiente al núm. 205 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, el así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Hizo su aparición en la taberna un gitano con una gran borrachera, no dejándole ésta estar un momento quieto, y al entrar y pisarle el rabo a un gato que en la puerta tomaba el sol, revolvióse éste furioso haciendo ¡fuuuul...

A lo cual el gitano volviendo la cabeza y viéndole dijo.
—Maldita zea mi mare, ¿pos no me creí que había pizao una gaezoza?...

Domingo Hermoso.—Melilla.

Un paleta antes de casarse, fué a confesar. El cura le dijo que descargara su conciencia.

—Mire usted, padre; ni maté, ni robé, ni hice mal a nadie; sólo tengo una falta y es que cuando me contradicen o me desmienten me pongo furioso.

Al fijarse el cura en la enorme faja que asomaba en su cintura, le pregunta:

—¿Con qué objeto llevas esa arima, hijo mío?

—Para el que me contrarie dejarlo seco.

—Bien, hijo, bien. ¿Y tú crees en Dios?

—Yo, no, padre.

—Ni yo te lo aconsejo, hijo de mi alma.

Sixto Lobillo Herrera.—Tetuán.

—¿Por qué Abd-el-Krim abandonó sus posiciones?

—Porque si le habían quitado el Morro ¿para que quería la Cebadilla?

Aurelio Agello.—Oviedo.

—¿En qué se parecen las ruedas de los automóviles, a los barcos?

—En que tienen cámaras, y cubiertas.

«Sementales».—Valencia.

Un chico está sentado a la mesa, junto de su madre, la que está tan ocupada en servir a sus invitados, que se olvida del chico y no pone nada en su plato.

Al cabo de un buen rato de esperar, dice para llamar la atención:

—¿Alguno de ustedes necesitan un plato limpio?

M.—Uzcudun.

Una señora a la nodriza que dá un baño a su hijo.

—Debería usted de poner el termómetro primero en el baño para saber si el agua está en condiciones.

—¿Para qué?

—Así verá usted si el agua está demasiado caliente o demasiado fría.

—No tengo necesidad de eso, señorita. Si el niño se pone rojo es señal de que el agua está demasiado caliente; y si se pone azul, es que está demasiado fría.

Sotam.—Hacho.—Ceuta.

El turista.—Y esta estatua, ¿de quién es?

El Cicerone.—La del tío Ceporro, que mató a su padre, a su mujer y a sus dos hijos.

El turista.—¡Qué barbaridad! ¿Y a un sujeto así, le habéis levantado una estatua?

El cicerone.—¡Contra! ¿Y que quiere usted que hagamos, si no ha salido otro hombre más célebre en el pueblo?

A. R. U.—Rincón de la Victoria.

Si quieres estar hermosa, no gastes en una alhaja ni te compres otra cosa, que en Casa Presa una faja.
Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

Hablan dos amigos.

—Mañana hay eclipse total de luna, por cierto que entra en cuarto creciente.

—Pues a mí me parece más lógico que entre en un cuarto oscuro.

G. Carbajal.—Albacete.

—¿Cuál es la prenda de vestir, más valiente?

—¡La guerrera!

Daniel Morantes López.—Banco Internacional.—Melilla.

—¿Que parecido hay entre un denunciante, un traje negro y un homicidio..?

—En que el denunciante delata, el traje de luto y el homicidio delito.

Callecita.—Málaga.



—¿En qué tiempo hay más golfas en Madrid?

—En el carnaval, que están todas las de aquí más las Tunas que vienen de fuera.

Meritornes.

—¿Cuál es el colmo de un individuo que pertenece a la claqué?

—Ponerse guantes para asistir al teatro.

Francisco Quintana.
Castellón de la Plana.

—¿Por qué duermes con gafas?

—Hombre, porque a veces sueño que estoy leyendo.

M, y sus bombones.

Un andaluz cuenta que el usurero Blas se tragó una vez un billete de cinco duros:

—¿Pero querrán ustedes creer que el médico, al administrarle un

Cesáreo Alonso

Ortopédico del Hospital Militar y del Instituto Rubio.

Talleres propios. Precios económicos.

Fuencarral, 104. Tel. 405 J.

vomitivo sólo consiguió que devolviera un duro?...
Sor.—Madrid.

Entre amigos:

Uno.—¿Cómo quedó Pepito con la Tele?

Otro.—Pues, que no oye nada.

Uno.—No gastes bromas. Quiero decir con la Telesfora.

Otro.—¡A, ya! Murió hace unos días de un síncope cardíaco.

Uno.—¡Pobre chical! ¡Con tan buen corazón que tenía!

Abel Omar.—Valencia.

Petición de mano:

El novio.—Don Alvaro, vengo a pedirle a usted la mano de su hija.

El padre.—Veamos: ¿Cuál es su origen?

El novio.—Yo he nacido en España.

La madre (aparte).—Déjate de tonterías y pregúntale si tiene dinero.

El padre.—¿Capital?

El novio.—Madrid.

Tele.—Madrid.

Del frente marroquí.

Encargado un batallón peninsular expedicionario de ir en vanguardia en una operación, uno de los oficiales da las últimas instrucciones a los suyos:

—Muchachos, es preciso que el enemigo ignore cuando escasean los cartuchos. Aun cuando se os acaben, seguid disparando.

Lur Isla.—Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Gervasio necesita dinero y pide prestadas cien pesetas, con pacto de devolver las cien a los tres años. Una vez cobrado el dinero, se va a su casa y restregándose las manos exclama:

—¡Oh, si me muriese antes del vencimiento, cómo me reiría yo de ese imbécil!

M.—y Pamplinas.

En una taberna.

Un borracho se dirige a un cono- cido que entra en el establecimiento y con palabras entrecortadas le dice:

—¡Hola amigo! Te esperaba con impaciencia, para que me saques del apuro en que me encuentro. ¿Puedes dejarme un duro? He sacado poco dinero de mi casa, sin pensar que la cabeza me podría dar tantas vueltas.

—¡Bueno hombre, bueno! Toma el duro que me pides y descansa, que buena falta te hace.

—Gracias, ¿eh? Y no te preocupes

por el pago, que ya sabes que yo, lo devuelvo todo en seguida.

Alvaro Ruiz.—Zaragoza.

Entre un turista y un golfo.

El turista:—Si aceptas mis proposiciones serás mi sirviente. Viajaremos por Francia, Bélgica, Alemania, Austria, Italia; saltaremos, luego, a Egipto; dormiremos unas noches en tierra santa...

El golfo.—No continúe, señor, no acepto.

El turista.—¿Por qué?

El golfo.—Porque yo no duermo una sola noche en tierra santa después de estar toda mi vida durmiendo en el santo suelo.

José Gómez Polo.—Valencia.

Entre amigos.

—Oye, Calzado; vengo a pedirte un favor.

—Tú dirás.

—Quiero que me sirvas de padrino.

FÁBRICA DE LUNAS

Y ALMACÉN DE CRISTALES

BISELADO, GRABADO Y DECORADO ARTÍSTICO

F. FERNÁNDEZ

FLORIDA, NÚM. 10 MADRID TELÉFONO 28-98 J.

—¿Es que te casas?

—No. Mañana me baño.

—¡Ah, vamos. Me hablas asustado!

José Rodríguez.—Tetuán.

Premios a la honradez.

—¿Qué títulos alega usted para obtener el premio a que aspira?

—He sido durante treinta años portero de un mismo sitio sin haber tenido jamás ningún altercado con mis vecinos.

—¿Las señas de usted?

—Portero de un cementerio.

B. B.—Sesefia.

En visita.

La mamá (a una amiga).—Si, señora, de un tiempo a esta parte estoy perdiendo todos mis cabellos.

El niño (interviniendo).—Tú te tienes la culpa, mamá. Si en vez de dejarlos en cualquier parte los guardaras en una caja...

Tele.—Madrid.

—¿En qué se diferencian un convoy violentamente atacado y el se manario satírico BUEN HUMOR?

—En que el convoy tira las provisiones y en Provisiones se tira BUEN HUMOR.

G. R. V.—Larache.

—¿Qué sol es el que molesta menos?

—¡...!

—El del tranvía del Puente de Vallecas.

—¡Por qué!

—Porque es Sol Pacífico.

Tubular.—Madrid.

Varios albañiles trabajaban en un andamio. Uno de ellos cae al suelo y los otros al ver que no se ha hecho daño alguno, se ponen a reír estrepitosamente:

—¿Qué pasa, qué?—dice el del suelo—cada uno besa como quiere.

Shield.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza

Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter

Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis

LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza

Vigoriza el cabello y le hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza

Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza

CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS	
Trimestre (13 números).....	5.20 pesetas
Semestre (26 —).....	10 40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	
Trimestre (13 números).....	6.20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO	
UNIÓN POSTAL	
Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)	
Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6 50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
 Plaza del Ángel, 5.—MADRID
 APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

===== MADRID =====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
 DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



Dib. MEL.—Madrid.

—¡Oiga, Robustiana, he encontrado el mantel en su baúl!
—Ya le dije a la señorita que no se había perdido...